



## **LA EXPEDICIÓN ORINOCO-AMAZONAS (1948-1950)<sup>1</sup>** **Alain Gheerbrant.**

### **PRIMERA PARTE**

*Del 6 de mayo al 6 de agosto de 1949*

#### **LLANO Y SELVA.**

**Las pinturas rupestres del Guayabero.**

**El callejón sin salida de San José del Guaviare**

*Villavicencio, 7 de mayo, 11 de la noche*

**E**ntre cuatro paredes blancas, bajo un techo de zinc, escribo mis primeras notas de expedición. Frente a mi lecho de campaña, la noche de color añil claro, oscurecida acá y allá por algunos árboles, entra por la puerta—ventana abierta, sin cerraduras y sin cristales. El ruido de un torrente que, a mi espalda, baja de la montaña, trepa a lo largo de las paredes y se ensancha en el cielo. La noche es amplia y fresca. Más allá de las últimas chozas del pueblo empieza el llano, el océano de hierbas gigantes que se desliza sobre mil kilómetros de los Andes al Orinoco. De él llega algo así como un viento de alta mar. Eso parece avivar el resplandor de las estrellas, aguzar el fulgor de los sonidos. En una habitación vecina, un peón, del que nunca

conoceré la voz ni veré el rostro, desgrana nota tras nota un ejercicio de guitarra.

Los dos heridos duermen delante de mí, a cada lado de la puerta, envueltos en sus mantas. El accidente ocurrió ayer en plena noche, en las puertas de Villavicencio. Habíamos salido de Bogotá por la mañana y descendido en una decena de horas los dos mil metros de la cordillera. La parte peligrosa de esa primera etapa estaba terminada. Todo el día había llovido a cántaros. El camino se veía apenas y, al Durante cinco horas seguimos sus recodos, sin ver nada más que la pared vertical de la montaña cubierta de bosques, el barro del camino que saltaba bajo las ruedas del camión, la lluvia gris que golpeaba

<sup>1</sup> Este capítulo del libro *La expedición Orinoco-Amazonas (1948-1950)*, se publica con la autorización expresa de Área Cultural del Banco de la República.

la tierra amarilla y luego subía en vapores a través de la misma lluvia, y a veces, cuando el camión se inclinaba hacia el precipicio, el brillo de carpa del torrente que saltaba en el fondo. De pronto, todos los usados frenos del camión se bloquearon y, como a la deriva, nos detuvimos entre dos curvas, en el hueco de una pared de roca viva. En el centro de esta pared, a un metro del suelo, brillaba un doble resplandor vacilante.

El chofer apareció ante nosotros, con una lata de conservas vacía y abollada en la mano.

—¡Una limosna, por favor, señores!

Le damos unas monedas; va hacia las luces; le seguimos. Hay dos lámparas votivas al pie de un nicho en el que sonríe una Virgen de yeso policromo, toda de azul y oro recamado, llevando en sus brazos al niño Jesús. Algunas placas la rodean, asidas con cemento a la roca:

“Agradecimiento a la bienaventurada Virgen María de la compañía de autobuses XX limitada”.

El chofer deposita la lata a los pies de la Virgen y vuelve a su cabina. El motor tosiquea primero y luego ronca. Volvemos a subir sobre nuestras cajas. El camino sigue, cada vez más blando, deshecho y acribillado de baches. Recodo tras recodo miramos la parte trasera del camión que pasa con sus cuatro ruedas frenadas a un palmo del abismo. La cuesta aumenta sin cesar. En cada hoyo, el camión acelera con temblores toda su vieja armazón, hasta llegar al medio de la curva peligrosa que pasará a su velocidad normal. Por fin llegan cien metros de camino más tranquilo, en medio del cual brilla en la noche ya cerrada el rectángulo amarillo de una puerta. El camión se detiene de nuevo.

En la tenducha ahumada, alumbrada por una lámpara de petróleo suspendida del techo por un cordel, unos hombres con ruanas beben cerveza y comen bollos tibios de maíz, que sacan de unos paqueticos de hoja de plátano. ¿De dónde salen en ese desierto? Bebemos dos o tres vasitos de aguardiente, luego nuestro chofer se inclina sobre el mostrador de tablas de madera y dice unas palabras al oído de la sirvienta, que va a otra habitación y vuelve con un

ramo de florecillas envueltas en papel cristal. El chofer vuelve al camión. Encima de su volante, cerca del retrovisor, una tarjeta postal representa a la Virgen y al niño Jesús. Esta Virgen está alumbrada por una luz verde unida al tablero de conexiones. El chofer pone las flores alrededor de la luz. Reanudamos el viaje. Soñamos sin decir nada, tendidos encima de nuestras cajas. Hace ocho meses que salimos de París, pero en realidad la expedición ha empezado solamente hoy. Dentro de unos días —pensamos— ya no habrá caminos, ni camión, ni casas donde beber aguardiente. Sólo habrá la hierba alta del llano aplastada por el sol y los ríos de color café con leche que conducen a la selva.

Algo raro sucedió entonces al camión. Vaciló, le tembló todo el cuerpo, y luego aceleró brutalmente, tirándonos en medio de las cajas. Mi mano se agarró a una vigueta de acero, en tanto que con la otra sujetaba a Luis por su camisa. Después el toldo encerado me cayó en la cara y sus arcos de hierro me ataron de pies a cabeza. Todo movimiento y todo ruido cesaron entonces. Nos habíamos detenido.

—¡Suéltame! —gritaba la voz de Luis.

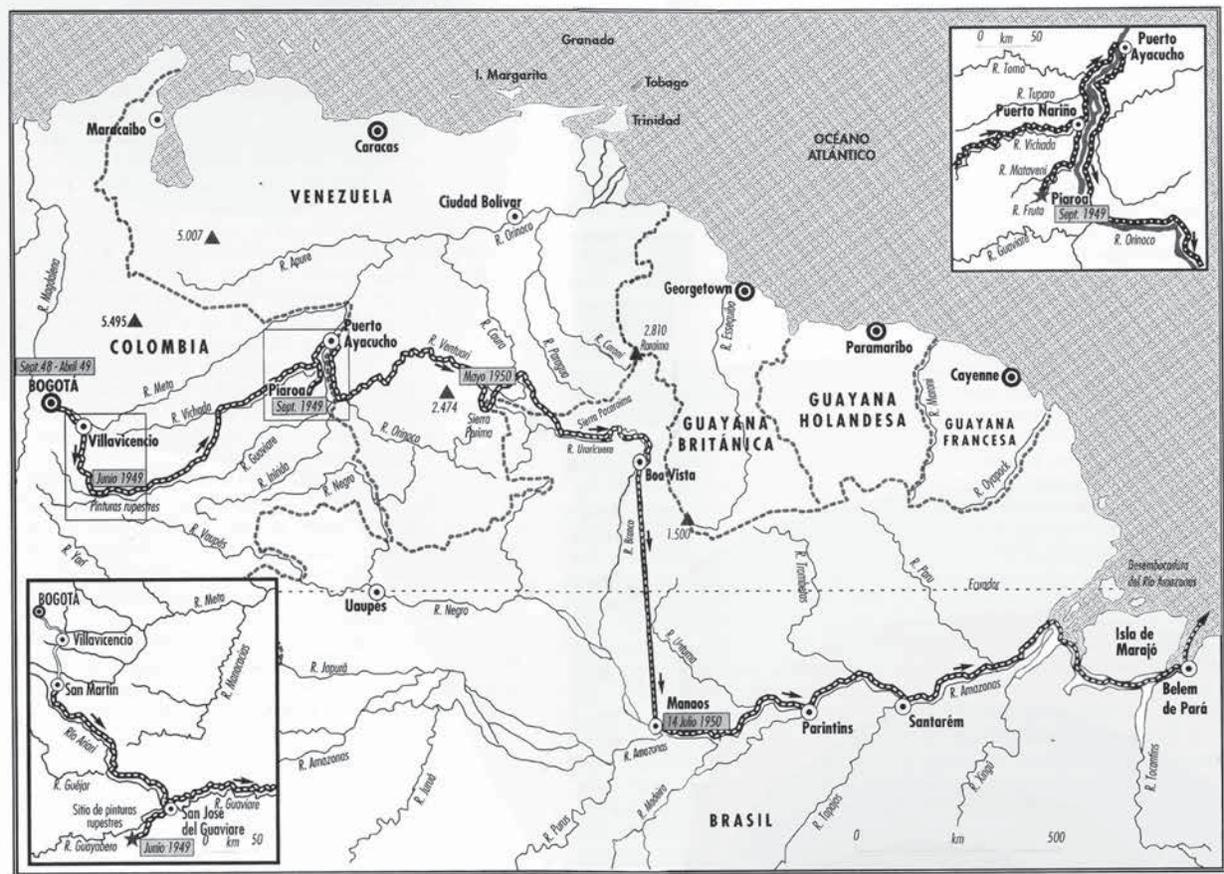
Oí que saltaba a tierra. Le seguí, deslizándome penosamente a través del entrecruzamiento de viguetas.

Los arcos del toldo, al deshacerse, habían arrastrado, entremezclados en la oscuridad, la mitad de nuestras cajas y toda la parte trasera del camión. Estábamos parados al borde del camino, la delantera del vehículo subida en un peñasco. Tomé una linterna eléctrica y corrí con Luis al camino. Tan lejos como llegaba la luz de la pila, el suelo estaba salpicado de trozos de cajas, de latas de conservas, de rollos de películas fotográficas.

Por fin distinguí un gran par de piernas, como las de un pelele roto, que salían de una cuneta. Era Jean. Corrí hacia él. Tenía la cara entre las manos y no se movía. La sangre corría entre sus dedos y manchaba su pantalón. En la caída se había rajado toda la piel del cráneo como con una navaja de afeitar.

—¿Nada grave, Jean?

—No creo —dijo—; ocúpate de Pierre.



MAPA. EXPEDICIÓN ORINOCO-AMAZONAS (1948-1950)

Necesité cinco minutos largos para encontrarlo. Estaba en la otra cuneta, doscientos metros más allá. Un pequeño surtidor rojo brotaba de su occipucio, en medio de un terrón de tierra pegajosa.

—Estoy perdido —me dijo—; tengo una fractura del cráneo.

Un poco más lejos encontré su impermeable. Se lo arrollé a la cabeza.

—Ya lo veremos en el hospital—le dije—; por el momento quédate tranquilo. —y llamé a Elías, nuestro muchacho, para que me ayudara a recoger el material de las cajas despanzurradas.

—Pon todas las latas que encuentres encima de la rueda de auxilio del camión —le dije.

—Sí, señor —contestó con indiferencia, y se marchó a recoger las latas con tanto entusiasmo como cuando lava los platos, silbando entre dientes.

Pero un camión surgió de la noche, dirigiéndose hacia nosotros.

Luis, en medio del camino, agitó su linterna eléctrica y le hizo señales.

El régimen del motor no cambió. Grité con Luis. Por fin decidió detenerse. Una cabeza malhumorada se asomó a la portezuela:

—¿Qué quieren ustedes?

—Hospital, urgente, heridos graves —contestó Luis.

La portezuela se abrió.

Sacamos a Pierre de la cuneta. Lo transportamos hasta el coche.

Acabábamos de instalarlo en el asiento, cuando, en el silencio, se levantó la voz de lean:

—¡Yo también! —decía tímidamente, con voz de pájaro herido...

Lo llevamos al camión. La cara se le había puesto tan chica y blanca como su voz. En el momento en que alcanzó el asiento, se liquidó, se disolvió en nuestras manos. Pero ya el motor daba vueltas y Luis sólo tuvo tiempo de saltar al estribo. La cabeza de lean había caído al lado del turbante de Pierre. Había conseguido no desmayarse antes de que lo salvaran.

Desaparecieron y quedé solo bajo la llovizna sin fin, solo con los restos de nuestros hermosos cajones y con Elías, que concienzudamente erigía sobre la rueda de auxilio una pirámide de trozos de chocolate medio derretidos.

Algo más allá el chofer golpeaba con una piedra del tamaño de una manzana un arco de acero torcido. Me sentí desanimado.

Dos horas más tarde llegó un “jeep” a buscarnos.

Encontré a nuestros dos heridos en el hospital, donde el cirujano acababa de examinarlos.

—No creo que haya fractura —dijo—; venga a buscarlos mañana.

Podrán ponerse en camino dentro de unos días.

•

Dirigen el modesto hospital de Villavicencio dos hermanas enfermeras. Se nos acercan con mirada enternecida y, con gran sorpresa nuestra, nos dirigen la palabra en un francés suave que a la legua huele a campo. Pronto nos enteramos de que una es picarda y la otra borgoñona, y que un buen día un avión las tomó en Le Bourguet para transportarlas de un aletazo, con sus canastos, sus toscos paraguas negros y sus mejillas rosadas, a esta especie de capital de otro Far West de los tiempos heroicos que

es Villavicencio. Desde entonces casi no han tenido otras visitas, en su pequeño hospital blanco de techos de zinc, que las de los peones de piel bronceada y cabellos azabache que cada lunes les traen, como un correo semanal, envueltos en sus hamacas, con los ojos brillantes y el cuerpo tieso, cubiertos de sangre cuajada. Dos veces, en el curso de los reconocimientos que hice en el llano para preparar la expedición, tuve la oportunidad de ver de muy cerca heridos semejantes, pues imprudentemente había tomado el camión el lunes para venir a Villavicencio, desde Puerto López y San Martín, los dos pueblos más alejados del llano que un camino une a la capital. Cada vez, aun cuando tres heridos se hallasen tendidos en los banquillos del camión, quitándole así dieciocho asientos al coche, el conductor hizo el completo de pasajeros. De modo que cada vez, durante unas ocho horas de camino agitado, con treinta o treinta y cinco grados de calor, tuve que permanecer de pie en el estrecho espacio que separa los asientos, plegado en dos por encima de uno de esos cuerpos ensangrentados para no darme golpes con el techo.

El domingo se consagra al descanso, tanto en el llano como en las otras partes, y ese día convergen hacia los dos pueblos todos los peones y los vaqueros de los alrededores. Se instalan todo el día en el café del lugar, que, por algunos céntimos, toca los invariables discos roncós de un traganíqueles norteamericano, chorreante de dorados. En cada mesa, cuatro hombres juegan a los dados, con el sombrero echado hacia atrás y el machete colgando bajo la mesa.

Durante horas, las botellas de cerveza tibia suceden a los cafés negros, y luego vasitos de aguardiente suceden a las botellas de cerveza. Al mediar la tarde empiezan las discusiones y los machetes salen de sus vainas. Cuando los hombres caen al suelo, con la nariz o la oreja cortada, o bien con el muslo o el costado ampliamente heridos, las discusiones menguan y renace la calma. La policía se ocupa de los heridos, cuyas hamacas se cuelgan en el puesto de policía, y en esa misma hamaca, que llevan dos hombres con una pértiga, como se trae la caza mayor, al día siguiente por la mañana los llevan al camión.

Fuera de esos pocos domingos y de la feria de ganado de Villavicencio, que no es sino un superdomingo

una vez al año, el llanero lleva la existencia austera y monótona de todos los solitarios. A las seis de la mañana, levantado con el amanecer, traga una taza de café amargo que será su única comida hasta que baje del caballo, doce horas más tarde. Luego se marcha. Atornillado al caballo, formando cuerpo con él, su pequeña silueta negra y seca desaparece en el horizonte, el machete golpeando el arzón trasero, y el gran lazo de cuero bruto en el delantero. Sus ojos se adivinan apenas, bajo el sombrero de fieltro o de paja bajado para resguardarse del ardor del sol. Fija la mirada en el horizonte y, por más lejos que vea, durante horas y más horas, sólo hay el cielo y la inmensidad del llano de olas de hierba movidas por el viento, y que su caballo, paso tras paso, aparta con el pecho. Por fin divisa algunos animales: un toro de pelo amarillento y cinco o seis vacas inmóviles. Por muy lejos que estén las reconoce, sabe si son de su ható, y las cuenta y las acaricia, las mira minuciosamente, buscando con escrúpulo casi tierno si no les ha ocurrido algún accidente. Tranquilizado, prosigue su camino. Así pasa todo el día, sin que cambie el paso de su caballo, ni se mueva de la silla, ni el silencio caluroso sea turbado por algo que no sea el gruñido, a veces, de una fiera en celo, o el saludo, desde lo alto del cielo, de una bandada de aves de paso. A las seis de la tarde, en tanto el sol llega al horizonte, vuelve a su rancho y desciende del caballo.

Se quita las zamarras, los anchos pantalones de cuero de los vaqueros, que son los cowboys de este otro Far West, y se sienta en un banco, no lejos de su hamaca, bajo el alero rectangular del rancho. Su mujer le trae una taza de café, un vaso de agua, un puñado de arroz salpicado de pimienta y un trocito de cecina. Diez minutos después se desliza bajo el mosquitero y se queda dormido, mientras que alrededor del rancho se arremolinan los mosquitos, y en la hierba, aplastados como charcos pardos, roncán los sapos. Así, día tras día, transcurre su vida, en una constante economía de fuerzas, de ademanes, de palabras y de alimento. Si un domingo, alcohol, música y juego mediante, surge una chispa, este hombre seco y apasionado se enciende como una antorcha. Entonces pelea como tomaría a una mujer, por un súbito deseo de exteriorización, tanto más violento cuanto que, durante días o meses, se ha ignorado. De los llaneros recordaré sobre todo el brillo ardiente de una mirada fija y muda, bajo la sombra de un gran sombrero sin color ni edad.

Un hombre gigantesco, armado de colts de grueso calibre, llegó un día a establecerse en Puerto López. No era llanero, pero su estatura, sus armas y su fortuna infundían temor. Sin embargo, no lo querían.

Hablaba demasiado, y hasta su violencia era demasiado aparente para que no fuera sospechosa. Sólo se hicieron amigos de él algunos intrigantes envidiosos, que esperaban sacar provecho.

Todos bebían sólidamente. Un domingo fueron al café. Se instalaron en el mostrador, donde el hombre, con voz autoritaria, pidió unos whiskys. ¿Whiskys? El dueño los sirve sin pestañear. Nadie se mueve. El llano lo ignora. Se pone nervioso. Bebe, escupe, blasfema, injuria, exige otro vaso. Su mirada pasa y repasa alrededor de la concurrencia. Nadie se mueve. En el fondo de la sala un viejecito sopla su café, y su mirada, distraídamente, se cruza con la del hombre. No hacía falta más. Se pone escarlata. Vocifera. El viejecito sigue soplando su café, parece sordomudo. Eso era ya demasiado. El matón da dos pasos adelante, saca su colt y lo descarga sobre el viejecito. Entonces éste, que por milagro no ha sido herido, deja la taza de café, desenvaina el machete, da un salto hacia adelante y de un revés de la hoja le corta la garganta.

¿Exageración o realidad? La historia puede ser verdad y me la contaron en Puerto López. El viejecito a quien atribuyen la escena cortará de la misma manera dos días después, a orillas de un arroyo claro sombreado de palmeras, la cola de una ternera enferma, cuya herida cauterizará con un hierro al rojo. Luego y sobre todo, durante días y años, marchará “de paso”, sobre su viejo caballo seco como él, a través del llano, soñando en los sacos de monedas de oro enterrados por un llanero de antaño y que se descubren, según dicen, por los fuegos fatuos que bailan por encima del oro, en las noches de plenilunio. En fin, un día, sin haber encontrado el oro y sin haber ganado mucho, morirá como un árbol viejo y su negro machete afilado como una navaja de afeitar quedará cerca de él en la tierra, para el gran viaje, a menos que lo haya utilizado otra vez en el café y conozca, quizá por vez primera, una cama y sábanas blancas en el pequeño hospital de paredes encaladas de nuestras dos buenas hermanas picarda y borgoñona. ¿Qué podrán saber de él? ¿Sospecharán los

meses y los años de ensueño y de silencio que habrán precedido al instante del café?

—¡Qué alegría —nos dicen vibrando suavemente las erres-la de poder por fin hablar en francés!

Descubrieron la nacionalidad de nuestros compañeros mientras los sujetaban en la mesa de operaciones. Hasta entonces no habían dicho una sola palabra, y cuando el médico les tocó las heridas, ambos se pusieron a blasfemar horriblemente. De ese momento data la alegría de las dos hermanitas.

Esta mañana volvimos al hospital para buscarlos. En medio de la noche les habían llevado platos guisados con amor, después de horas de espera sin atreverse a despertarlos. En el patio del hospital, mientras Jean, a quien a veces llamaremos Juan, camina hacia el taxi, una de las hermanas, a mi lado, contempla un buen rato su silueta desgarrada, el pijama rayado que le cae por encima de las botas, la chaqueta caqui demasiado corta puesta sobre los hombros, y por fin me dice, arrastrada por un súbito ímpetu, ruborizada:

—¡Ay, señor, el pobre! ¡Me recuerda a mis alemanitos durante la guerra! ¡Y qué heridas tenían!

•

Cada día, de doce a dos, el teléfono funciona entre la oficina de teléfonos de Villavicencio y San Martín. Aproveché para llamar a D., cuyo camión debe hacernos cruzar el llano. No sé si el camino que entonces debíamos seguir —dos huellas de rueda a través de la sabana— puede todavía utilizarse. Los pocos camiones que, como el de D., aceptan aventurarse más allá de las carreteras, no lo hacen sino durante la estación seca. Pero el destino que ha retardado la salida de la expedición quiere que nos hallemos a principios de la estación de las lluvias; las nubes se amontonan contra el muro de los Andes y, de un día para otro, la trocha puede quedar fuera de uso.

En el teléfono, D., muy amable, porque ha leído las entrevistas que hemos concedido a la prensa de Bogotá, me asegura que su camión está siempre a nuestra disposición y que nos llevará como queremos hasta el hato de Chaffuray, último rancho de

San Martín, a orillas del río Ariari. Ahí comenzará nuestro descenso en piragua hacia el Orinoco. Pero la carretera de Villavicencio a San Martín está cortada a mitad de camino, pues un torrente, el río Guamal, se llevó el puente por el que cruzaba. Es preciso por lo tanto, que el camión de D. venga a esperarnos en el Guamal. Nos citamos para el jueves próximo, 12 de mayo.

De una minuciosa verificación de nuestro equipaje se desprendió que sólo los cajones de víveres, de municiones y de herramientas habían sufrido realmente. Los irremplazables aparatos de filmación y grabación de sonido estaban intactos. Cuando recordé haber retirado de entre las ruedas del camión la caja del grabador de discos, y que Jean Fichter me contó que el barril de gasolina de doscientos kilos había chocado con el suelo un segundo antes de darle en la cabeza, me dije que habíamos escapado por poco de una catástrofe más irreparable. Este pensamiento volvió a darnos el optimismo necesario para acometer con confianza la continuación de nuestro viaje.

El 12 de mayo por la mañana, un camión cargaba nuestros cajones reparados y nos dejaba dos o tres horas después a orillas del Guamal.

La crecida del torrente era importante. De cincuenta metros de ancho que debía tener quince días antes, había llegado a más de cien y apenas se distinguían en medio de sus aguas tumultuosas los pilares del gran puente de piedra que se había llevado. Una pasarela improvisada permitía el tránsito de viajeros y equipajes. Estaba hecha con tablones mal ensamblados que dos cables de acero sostenían encima del torrente, a menos de un metro de la cresta de las olas. Dos personas podían difícilmente cruzarla a la vez, pues el sacudimiento de los pasos de un hombre bastaba para agitarla como un columpio. Esto no impidió que los braceros encargados de la pasarela pasaran nuestra carga en un tiempo “record”, saltando de tablón en tablón con una caja de cincuenta kilos en la espalda.

Cuando todo estuvo instalado en el camión de D., el médico de Villavicencio, que tuvo la gentileza de acompañarnos hasta allí, sacó del bolsillo una botella de aguardiente que pasó de boca en boca entre

nosotros y los mozos, en medio de hurras, de “¡Viva la misión francesa!”, “¡Al Amazonas!”, “¡Al Orinoco!”, “¡Vivan los salvajes!”

Quizá fuera en ese instante, en ese decorado de ruinas grandiosas y de palmeras, donde tuvimos el más caluroso brindis de adiós de la expedición, por parte de gente sencilla que no conocíamos un cuarto de hora antes y que jamás habíamos de volver a ver, más para quienes nuestra aventura parecía tan exaltadora como para nosotros mismos.

Mucho después de haber arrancado, todavía podíamos ver, por encima del río, los sombreros de los mozos y del médico saltar en el aire en medio de aclamaciones. Agitamos hasta el final los nuestros, que eran tan grandes como los suyos, pero que, para íntima vergüenza nuestra, no estaban tan descoloridos ni deteriorados por el sol.

•

En San Martín colgamos nuestras hamacas en una gran habitación que da a la plaza del pueblo. Todos los habitantes se reúnen en ella y se apresuran a informarnos sobre lo que encontraremos más allá de Chaffuray:

—Allá los ríos están llenos de caimanes —nos dice un hombrecillo gesticulando—; no se puede avanzar; ¿sabe usted lo que debe hacerse?

Hay que cortar unos garrotes y ¡pan!, ¡pan!, golpearlos para que se aparten.

—Pero no —agrega otro—; si les pega darán un coletazo a la piragua y, ¡crac!, ¡crac!, en tres bocados se los comerán.

—¡Los caimanes! —dice un tercero—; ¿cree usted que tendrán tiempo de comerse a esos señores? ¡De eso se encargarán los caníbales mucho antes que ellos! Todo el bosque del Guaviare está lleno de caníbales. Los atacarán de noche cuando duerman en las playas, y no habrán tenido tiempo de comprender lo que les sucede, que ya estarán digeridos.

Otro nos dice que los indios son muy hermosos y que están cubiertos de plumas, y un postrero que

llevan camisa y pantalón, que ya no hay salvajes en Colombia, que beben demasiado para trabajar y que con ellos no se puede hacer nada interesante. Las tierras “baldías” empiezan a un día de camino y sin embargo aquí las consideran como otro mundo.

Veinticuatro horas después llueve a mares y D. se niega a ponerse en camino:

—Hay que esperar a que seque —dice, mostrando el llano con gesto amplio.

Esperamos dos días y prosigue el viaje. A último momento D. se decide a llevamos en “jeep”, mientras el camión nos seguirá. Viajamos ocho horas en medio de colinas peladas que ondulan hasta el horizonte. Sólo interrumpe la monotonía de ese paisaje acá y allá, la silueta, inmóvil al borde de un charco sucio, de un ave zancuda blanca, negra o de un rojo brillante. Por fin el techo cuadrado del hatillo aparece en la cima de una colina, el Ariari amarillo resplandece a sus pies, y detrás del río, baja, sombría y tupida, empieza la selva.

En el puerto, a donde baja el “jeep”, un hombre se mueve en medio de un decorado de enormes pescados colgados de pértigas. El olor nos agarra la garganta apenas se detiene el “jeep”. “Aquí está Bernabé”, dice D. El hombre nos saluda, y luego declara, indicando el río, el llano y los pescados, que “no se está mal aquí, pero se aburre uno”.

Al día siguiente estamos de pie al alba. Bernabé está inclinado sobre un fuego. Nos alcanza una taza de café que parece un don de Dios después de la noche absurda que acabamos de pasar. Hemos dormido en el barco de D., en el puente y sin mosquiteros, pues la víspera nos olvidamos de traer nuestros equipos. Toda la noche los anofeles hicieron a costa nuestra una orgía de sangre fresca. Tenemos la piel hinchada y dolorida como si nos hubiesen molido a golpes.

Con el día el anofeles va a acostarse, pero no se trata sino de un cambio de cuarto para la nación de los mosquitos, pues entonces aparece un nuevo personaje: el jején. Es más pequeño, pero abunda diez veces más y es más horripilante que el anofeles. Nos damos cachete tras cachete mientras soplamos nuestro café. Bernabé ríe a carcajadas de nuestras

desventuras. Además de sus funciones de pescador, el taciturno Bernabé asume las de guardián y, una vez al año, de piloto del barco de D., cuando baja a San José del Guaviare en busca del botín de la gran pesca anual que es toda la industria de ese pueblecillo. A ciento cincuenta kilómetros de aquí, poco después de la confluencia del Ariari y el Guayabero, de la que se forma el gran río Guaviare, ese pueblo será el término de nuestra próxima etapa<sup>1</sup>.

Hacia las ocho de la mañana, un runrún de motor llega del llano.

Es nuestro camión. Está cubierto de barro. Elías descende, lleno de barro hasta las orejas, y nos explica precipitadamente que el camión se “ahogó” tres veces seguidas y que fue menester, cada vez, descargarlo enteramente y despejar las ruedas con la pala:

—Anoche, una enorme serpiente pasó por el camión —agregó—

Era dos veces mayor que el camión. Si los señores me hubiesen dejado<sup>2</sup> un fusil, todos tendríamos cinturones de boa cuando estuviéramos en la selva.

Se trata del “tragavenado”. Ciertos ejemplares de esta réplica terrestre de la anaconda del Amazonas alcanzan de siete a ocho metros de largo y treinta y cinco centímetros de diámetro. Apoyándose con la cola alrededor de un árbol, son capaces de estrangular un toro de tres años. Por eso los llaneros las temen por su ganado, más aún que al jaguar o al puma.

Descargamos nuestras cajas y encontramos, por fin, hamacas y mosquiteros. Cuando todo el equipaje estuvo a buen recaudo en el puente del barco, una conferencia nos reunió con D. y Bernabé para organizar la continuación de nuestro viaje. No es posible movilizar su barco —pequeña embarcación de los sobrantes de guerra norteamericanos—, pues con él toda nuestra provisión de gasolina no bastaría para llegar hasta la desembocadura del Ariari.

<sup>2</sup> 1. San José del Guaviare, que tuvo su época dorada en tiempos de la gran aventura del caucho, se había dormido cuando lo visitamos en medio de la humedad tropical. Pero desde entonces, la invasión de las tierras bajas por los guerrilleros y los traficantes de droga le han insuflado nueva vida; se ha convertido, según los rumores, que se inflan con la misma rapidez que se desinflan, en un pueblo ya legendario: en este país afebrado cualquier pretexto es bueno para revivir El Dorado.

Luego de madura reflexión, Bernabé nos comunica que una piragua india que baja por el Ariari llegará próximamente al puerto. Dos de nosotros, dice, podrían tomarla hasta San José. Allá, “las autoridades prestarían seguramente sin dificultades la canoa del gobierno”, que, con su capacidad de cinco toneladas, es más que suficiente para cargar nuestro equipaje. Bastaría con remontarla hasta Chaffuray con nuestro económico fuera de borda de cinco caballos.

Este plan nos permite llegar al Guaviare sin gastar demasiado nuestras reservas de carburante. No tenemos, en efecto, más que doscientos cincuenta litros de gasolina, y no podremos reaprovisionarnos antes de alcanzar, con el Orinoco, el petróleo venezolano, a mil kilómetros de San José del Guaviare...

Comienza la espera. Acechamos, en el horizonte del río, la aparición de la piragua. En las horas más cálidas del día parece que un vacío desolador se instala en todas las cosas y les oculta su realidad.

El río no es sino un inmenso espejo de laca cuyos destellos son insoportables. Dos o tres bancos de arena de un amarillo apenas distinto emergen de él, y algunas aves zancudas inmóviles, ibis, garzas de patas demasiado largas, parecen pasmadas en una eterna espera.

Jamás se las ve posarse y casi nunca alzar vuelo, y cuando gritan parece que su graznido sale de otra parte de su cuerpo, de tal manera se desliza enronquecido y uniforme sobre la calma de las aguas.

Alrededor de mosquitero bajo el cual el cuerpo semi desnudo está bañado de sudor, los jejenes ronronean a media voz. De una a otra hamaca, extrañas conversaciones que duran horas se dilatan, y luego se detienen en medio de una frase. El silencio pesa como una mordaza, mucho tiempo, hasta que de pronto el sol se oculta y el viento se levanta. Las zancudas, en sus bancos de arena, entreabren sus alas y se estremecen; luego, el cielo, que subrepticamente se ha cubierto de nubes, revienta y una lluvia fría cae como vidrio sobre las aguas del río, las azota, las agujerea, y rompe en unos segundos, al mismo tiempo que su espejo, el silencio de la naturaleza. Durante diez minutos el chaparrón hace estragos, y luego desaparece como vino.

En lo alto del horizonte de la selva sube el vapor del aire como un gran fantasma, los árboles sacuden las gotas, el río vuelve a ser gelatina de fuego bajo el ardor del sol reaparecido.

La selva sólo está separada de mí por los quinientos metros del río inmóvil. Pinta azul en el cielo. No habla sino a la caída de la tarde, en los diez minutos en que el día y la noche ejecutan su juego de manos. Entonces todos los monos pelirrojos encaramados en sus ramas chillan a coro y ese coro adquiere sonido de leyenda, enorme y gimiente. Todo el día miro la selva. Mi impaciencia, ahora que está tan cerca, se desgasta en esta última espera. Viajero desde hace un año que salí de París, por fin me hallo al pie de sus murallas, pero aún es necesario, para conocer el otro mundo que en ella vengo a buscar, que una poterna quiera aparecer y que se abra.

En el otro extremo de la piragua pende la hamaca de Bernabé. Son las dos; nadie habla; los jevenes revolotean y rebotan en mi mosquitero cuidadosamente cerrado. El de Bernabé está abierto. Sale de él un pie, en el extremo de una pierna seca y negra. Más arriba de la rodilla, que desaparece en la gasa abigarrada de flores, veo un pote de conserva vacío, que da vueltas en su mano. Por primera vez sorprendo a Bernabé charlando. El pote de conserva gira lentamente y Bernabé le cuenta una historia en voz baja. —Bernabé nació en la selva —me decía el otro día D.—. La ciudad más grande que conoce es San José del Guaviare, que cuenta con diez casas y cincuenta habitantes. Durante años fue el pescador y el cazador del pueblo, recorriendo la selva y el río, a pie o en su pequeña piragua. Por unas monedas vendía a la gente del pueblo carne de tapir o de pecarí, y secaba, como aún lo hace, trozos de “valentón”, el monstruoso pez del Guaviare, que puede llegar a medir tres metros y pesar más de cien kilos.<sup>3</sup> Nadie le conoció jamás ni mujer ni amigos.<sup>3</sup> Es un solitario, muy parecido a los viejos jabalíes cuya pista sigue.

<sup>3</sup> Se trata del renombrado pirarucu del Amazonas que, cortado, secado y salado -lo llamaban el bacalao de agua dulce-, durante mucho tiempo fue la principal fuente de ingresos de Manaos, antes de que el caucho transformara la economía de la región. Afectado hoy por la contaminación industrial que se extiende por el gran río, el pirarucu es en Manaos un producto que sólo interesa a los guías turísticos.

Un día que condujo mi barco le propuse que se quedara de guardián. Contestó instalando su hamaca donde hoy la ve usted. La mesa está puesta esta noche sobre dos tablones colocados sobre estacas, como un mostrador de bar, a un metro cincuenta del suelo.

En el centro baila el resplandor de una lámpara de aceite hecha con una botella y un trozo de cordel. Una zarabanda de mosquitos y de mariposas la acompaña. Dos hombres oscuros salen de la noche y vienen a servirse arroz sobre un pedazo de hoja de plátano. Las pocas palabras que cambian entre sí y con Bernabé son de un rápido lenguaje gutural del que no comprendemos nada. Uno lleva una gorra con rayas azules y blancas, el otro un sombrero de paja que ya no tiene copa ni color. Son, nos explica D., los indios que Bernabé esperaba.

La piragua debe estar en el puerto y podremos sin duda comenzar pronto el descenso hacia San José de Guaviare.

Todavía pasaron varios días. D. regresó a San Martín:

—Volveré dentro de unos días —dijo—; bajaré con ustedes a San José, pero debo primero arreglar unos asuntos en mi casa.

Y una mañana, la piragua de los dos indios desapareció en el recodo del río, llevando a Luis y a Pierre hacia San José del Guaviare. Quedé solo con Jean, Bernabé y el “muchacho” Elías. Engañábamos el tiempo pescando y nuestros sedales, como si se entendieran maliciosamente con la monotonía de esos días, cogían cada vez la misma especie de pescado. Un día, por fin, hubo un poco de animación en el ható de Chaffuray, hasta entonces herméticamente cerrado. Aparecieron dos peones a caballo. Volvían de una larga semana de monte.

Se apearon en nuestro campamento y nos dieron la mano como si nos hubiesen conocido de antaño. Luego el de más edad me preguntó si podría prestarle un poco de pólvora. Llevaba en la mano una vieja escopeta de dos tiros cuyo cañón había sido acortado unos veinte centímetros. Al preguntarle para qué especie de caza había transformado así su arma, me contestó que un día compró una funda para su fusil:

—Al llegar —dijo— me di cuenta de que era demasiado pequeña.

Entonces corté el cañón para que entrara.

Dos días después un pequeño avión aterrizaba en el llano, y el hombre de la escopeta cortada vino a preguntar “si los sabios franceses aceptaban cenar con su patrón”. —

Una vez que subimos la colina hallamos el rancho en efervescencia. Una mesa grande de caballetes está dispuesta al aire libre. El patrón es un anciano, arrugado y cortés, que nos da amablemente “la bienvenida en su desierto”. Cerca de él se halla un corpulento personaje caqui, pelirrojo. En una mezcla de francés y de español igualmente marcados por un fuerte acento alemán, se nos presenta como el piloto de la avioneta y como amigo nuestro. Nos instalamos en derredor de la mesa y nos ofrecen ron, café y cigarrillos. Después de preguntarnos por qué diablos se nos ocurrió viajar en otro medio que no fuese el avión, el alemán echa una mirada a su reloj de pulsera y se levanta precipitadamente:

—Discúlpeme que me vaya tan pronto —dice—; pero mi mujer me espera para ir al cine.

En las dos horas pasadas en el llano había tenido tiempo para tirar un cartucho de dinamita al río, y corre hacia su avión con un canasto de pescado fresco en la mano.

Al día siguiente el dueño del hato salía a caballo para inspeccionar su ganado, y el rancho con techo de zinc no era de nuevo sino una cabaña abandonada en medio del silencio y de los mosquitos.

Por fin reapareció el “jeep” de D., y una nueva piragua llegó al puerto.

—¿Si bajáramos enseguida? —propuso D.

No tuve el valor de rehusar y partimos con Bernabé y dos indios, dejando al pobre Jean al cuidado de los equipajes, solo con Elías y un peón.

22 de mayo, 10 de la mañana. — El aire es claro y suena claro; el cielo es gris matizado de sombras cambiantes; el agua brilla con burbujas, el cielo se refleja en ella y la pule. Alrededor de nosotros

y ante nosotros sólo hay el río que se desliza y se rehace, inmóvil, entre sus dos muros de selva. D. dormita detrás de mí, estirado en medio de la piragua. Más allá, Bernabé, sentado en la popa de madera, y de palo él también, agita suavemente el mango de su canaleta.

Delante de mí, sin chistar, nuestros dos indios oscilan de adelante atrás, y sus canaletes, una vez cada dos, chocan con la borda. Desde hace cuatro horas Chaffuray nos ha dejado hacia atrás, con el llano y las horas inmóviles. Avanzamos. De cuando en cuando surge un banco de arena y bosteza en medio del río. Caimanes y tortugas de color de barro, fraternalmente dormidos unos al lado de otros, abren un ojo y desaparecen sin que las aguas se enturbien. De lo alto de los muros de la selva cuelgan grandes redes agujereadas cuya extremidad se arrastra en el agua como una cabellera. El aire está lleno de brumas grises. Pasan parejas de aves zancudas patiabiertas, y a veces una bandada de loros charlando. La selva se los traga como un secante. Troncos acostados de color de caramelo, ramas negras abiertas en forma de manos se deslizan en la corriente del agua. Nube tras nube, el sol escala el cielo. El horizonte se vuelve plumizo y la piragua se despierta. En un minuto todo el mundo está desnudo y la ropa escondida bajo el encerado. La lluvia cae, rebota y vuela en humo por encima de las espaldas de cobre de los marineros, cuyos canaletes siguen expulsando el río al compás. La tormenta se cruza como un país. Desaparece en la curva del río. El sol regresa, los caimanes y las tortugas vuelven a sus bancos de arena, y Bernabé, sin soltar su pagaya, se pone de nuevo la camisa. Mañana por la noche estaremos en San José del Guaviare.

Es hora de almorzar y la piragua se inmoviliza en una playa. De la orilla del agua a la del bosque se dibuja a nuestro lado un camino zigzagueante de enormes huellas cautelosas:

—Tigre —dice Bernabé.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> En la Amazonia llaman indistintamente “tigres” a los jaguares y los ocelotes, en la misma forma como en el llano les dicen “leones” a los pumas.



Bebemos una cerveza y comemos un poco de arroz y de pescado seco. Distribuyo cigarrillos y volvemos a partir.

El cielo se ha despejado completamente y el sol baja de nuevo. Voy a conocer mi primera noche de selva. Cuando la piragua atraca, el aire está tan lleno de mosquitos que me cuesta trabajo no cerrar los párpados. Los dos indios brincan en medio de los bejucos y limpian a machetazos unos metros cuadrados de tierra negra tan cubierta de mantillo, que nos hundimos hasta los tobillos. Las hamacas y mosquiteros quedan rápidamente instalados y nuestros hombres encienden un gran fuego. Bernabé cuele el café con la copa de un sombrero. La noche canta y cruje. Me quedo dormido con la mitad de un cigarrillo que me despierta quemándome los dedos. Las hojas del bosque juegan encima de mi cabeza con el cielo y las estrellas, luego el aire se aclara y vuelve a encenderse el fuego. Bernabé está otra vez en cuclillas al lado de la cacerola de café y doblamos nuestras hamacas. No es muy de día y la selva duerme aún, cuando delante de mí empieza nuevamente el movimiento regular de los canaletes. Los primeros pájaros aparecen y estrían de blanco la albura del cielo. Pronto son, por

segunda vez, las diez de la mañana en el Ariari. Son las once y los papagayos charlan en el cielo; son las doce y el sol amordaza el aire y la selva.

El silencio y el calor nos arrastran a un pequeño brazo donde el río ondula blandamente bajo la tupida sombra de unos árboles. Es tamos rodeados de ruidos y murmullos. La voz de Bernabé pasa por encima de mi cabeza y detiene a los remeros:

—Espacio: ¡cafuches!

Está de pie detrás de mí, con el torso desnudo, y sonrío. Le doy un fusil y escala la ribera. Transcurren cinco minutos. Se oye un tiro y la voz de Bernabé llega al río, apagada por el bosque. Los dos indios cogen sus machetes y desaparecen. Regresa Bernabé con aire satisfecho a ocupar su puesto en la piragua. La risa de los indios se abre paso por entre el follaje; llegan a bordo, uno tras otro, llevando sobre los hombros una pértiga que se dobla bajo el peso de un gran pecarí que ya han vaciado. Vuelven a tierra a limpiar sus machetes, y luego cortan hojas de platanillo con las que cubren el cuerpo del animal tendido a mis pies. Partimos de nuevo, los muros de

follaje se apartan y el río reaparece en toda su amplitud. En la copa de los más grandes árboles, en grupos de cinco o seis, braman los monitos bermejos.

A la selva le gusta metamorfosearse; por sus riberas hace y deshace sucesiones de paisajes. Aquí, en un trecho de trescientos o cuatrocientos metros, los planos superpuestos de una perspectiva de macizos y de avenidas de frontones en espiral. Detrás se imagina el linde de un parque de donde un río encantado llevaría al pie de un invisible palacio. Luego el desorden, lo desbordante, lo incomenzado, lo inacabable prosiguen alegremente, echando entremezcladas al agua columnatas podridas, ramas y bejucos. Se produce un nuevo cambio y ahora aparecen las márgenes de un Marne florido a cuya orilla debe esperar un vinillo blanco. Otras veces, una isla redonda y sombría divide el río en dos, y aparecerán las barcas encintadas de los marquesitos. Pero el cielo, confundiendo todo, ha elegido ese instante para vestirse a lo Corot.

Nos acercamos a la confluencia del Guayabero. A nuestra izquierda, en un claro, aparece la sabana, que sesga de rojo el verde perpetuo de la selva. En el rincón, plantada cerca de una palmera, se levanta una choza abandonada. Esta choza tiene un nombre, Concordia, y figura en los mapas con tales caracteres que uno esperaría encontrar un pueblo en ese lugar. Antaño era el punto terminal de una carretera que iba hasta Villavicencio, en los tiempos en que la compañía norteamericana Rubber explotaba los cauchos silvestres del Guaviare.<sup>5</sup>

Terminada la guerra, los norteamericanos se marcharon y en pocos años la sabana lo ha borrado todo.

Nuestras sombras se alargan en el agua cuando a nuestra derecha, de golpe, el río dobla su anchura, haciendo retroceder hasta el fondo del cielo el horizonte de bosque. Parece que nuestra piragua se amengua, que todo nuestro espacio humano se reduce de un segundo a otro y que los canaletes no nos hacen ya avanzar. El viento se levanta en el fondo del cielo y nos echa a la cara un pleno canto de cigarras. El Guayabero acaba de unirse con el

Ariari: estamos en el río Guaviare. A ochocientos kilómetros delante de nosotros, abriendo por fuerza la tierra y la selva, pierde sus aguas amarillas en el Orinoco, pequeña serpiente azul en un rincón del mapa de América.

Bernabé ha movido su canaleta y nuestra embarcación se desliza oblicuamente a través del río y alcanza lentamente la orilla derecha.

Las curvas son cada vez más largas y la selva cada vez más alta. Se pone romántica y ordena un paisaje de mundo virgen. Luego el viento arrecia, y la sacude. Ruge. Destruye esa disposición de ensueño y desaparece. El río vuelve a ser laca, y después de una última curva lenta, nos revela veinte casas de techos de paja, apretadas como un rebaño vacilante sobre una lengua de tierra amarilla, entre el aire, el bosque y su espejo. Llegamos a San José, único pueblo del río Guaviare.

En el centro de la noche brilla una estrella amarilla que un alambre eléctrico sostiene debajo de un ancho techo de palmas. Alrededor de esa estrella unos hombres están sentados en cuatro bancos, a lo largo de cuatro paredes de tierra apisonada blanqueadas con cal.

De una habitación contigua llega el sonido ronco de un receptor de radio en el que un tenor inglés canta la gran aria de Tosca. Dos de las paredes suben hasta el techo; las otras dos se detienen a un metro del piso. Más arriba no hay, de un lado, sino la noche negra donde se inscribe más en negro una avenida de grandes mangos que baja hacia el río, y del otro un anjeo, fino tejido metálico que quisiera detener a los mosquitos. Los mosquitos dan la vuelta alrededor de la casa, y desde los mangos cargan sobre la lámpara eléctrica. Detrás de la tela metálica se aplastan unas caras inmóviles: los indios. Cada vez que hay luz en casa de don Jesús, avisados por el ronroneo del grupo electrógeno, que el viento extiende alrededor del pueblo, vienen silenciosamente a apiñarse ahí, para ver la luz y oír la voz de los brujos blancos. Son los indios guayaberos, los únicos indígenas conocidos en muchas leguas a la redonda. Desde que existe el pueblo de San José del

<sup>5</sup> Se sabe que durante la Segunda Guerra Mundial, la confiscación japonesa de las plantaciones de siringa de Indonesia provocó en la Amazonia una momentánea reanudación de explotación del caucho silvestre.

Guaviare dejaron de pintarse el cuerpo y la cara con la grasa de color rojo vivo del achiote y la resina del caraña. Han dejado de correr desnudos por la selva, de respetar los cantos y las danzas requeridos por el Dios Sol, y de progresar así, según su tiempo propio, como lo hacían desde milenios atrás.

Pero tampoco están completamente civilizados. Siguen viviendo en chozas ocultas en la selva. Siguen sin apreciar el progreso. No trabajan sino de vez en cuando, prestando sus servicios a los blancos justo el tiempo necesario para conseguir otro pantalón de algodón cuando el que tienen cae en jirones o un machete nuevo. Ha desaparecido el alma colectiva de la tribu y nada la ha reemplazado. Por eso los grupos de guayaberos se extinguen uno tras otro, alrededor de San José del Guaviare. La enfermedad, y sobre todo el cansancio de no comprender ya lo que son, ni lo que hacen, ni lo que deben hacer, los abaten como espigas que no tuvieron la fuerza de chupar en el suelo de qué alimentarse. Apenas quedan doscientos guayaberos en toda la selva, y pronto no habrá ni uno solo. Pero cada vez que don Jesús, el brujo blanco, pone en marcha su receptor de radio y su grupo electrógeno, surgen de la noche unos cincuenta, y mientras duran la música y la luz sus caras se aplastan sin pestañear contra el enrejado metálico. No se atreven, como los mosquitos, a dar la vuelta a la casa.

Don Jesús es nuestro anfitrión. Desde hace ya una hora, sentados en los bancos en torno a la luz, lo escuchamos. Todos los notables del pueblo están ahí, y acentúan su discurso con movimientos aprobatorios de cabeza. Está A., el viejo cazador venezolano de caimanes que tuvo que emigrar a Colombia, hace veinte años, porque había intentado tomar por asalto un pueblo cuyas convicciones políticas diferían de las suyas. Está el cabo Nepo, que ha vivido quince años entre los indios y se compromete a cruzar mil kilómetros de selva con la sola ayuda de las manos y de los dientes. Está X., el hombre rico propietario de doscientas cabezas de ganado, en el llano, del otro lado del río, y García, sargento de policía de profesión, como lo indica su gorra de color caqui adornada con una enorme estrella de cine, y campeón de billar por afición.

—Sí, señores —prosigue don Jesús con voz nerviosa—; apenas hace tres meses. Ustedes que son

sabios deben conocer los secretos de las pinturas indias. Deberían ir a la selva y buscar esa piedra. Era una vieja india, una pobre mujer guayabera, la madre de un mozo a quien ocupó una vez al año, en febrero, en la época de nuestra pesca.

Desde hace años acampamos en ese lugar, al pie del raudal, a una jornada de aquí. Pues bien: jamás sospechamos nada, y sin embargo esa piedra no ha de estar a más de una hora o dos del lugar donde acampamos. La cosa ocurrió así: la vieja, de mañana temprano, se había marchado al monte a buscar goma, semillas o no sé qué. Cuando quiso regresar, un incendio de bosque le cortaba la senda. Tuvo que dar un gran rodeo, por lugares donde ni ella ni su gente acostumbraban a pasar. Esto la llevó a escalar las rocas, cerca de la angostura del río. Y de pronto (me dijo cuando la vi, aquella misma noche, temblando todavía de emoción), de pronto desembocó frente a frente una enorme piedra blanca al borde de la cual se detenía la selva. Y en la piedra, dijo, me miraban gente, animales, diablos colorados, unos no más grandes que la mano, y otros tan altos como una casa. Es el demonio quien ha puesto eso en la piedra, y es señal de gran desgracia para quien lo ve. Agregó que había huido y no volvió a encontrar sino entrada la noche el camino del campamento. No pude sacarle nada más, pero si ustedes quieren hacer la exploración, estoy seguro de que podrán encontrar el sitio llevando con ustedes dos guayaberos.

—Quizá haya un tesoro bajo la piedra —dijo una voz.

—Estamos en plenilunio —dijo otro—; si hay oro de los Incas, deben verse fuegos fatuos de noche; el oro habla siempre en la luna llena; es cosa sabida.

—Deberían ustedes ir a ver eso —dijo D., que distribuye a la redonda las botellas de cerveza que hemos traído de Chaffuray—.

¡Podrían hacer una linda película, aun cuando no encontraran oro!

La radio muele una rumba antillana, entrecortada de crujidos y borborismos. Diríase que la orquesta pierde el aliento al cruzar tanto espacio para llegar a

nosotros. Jesús construyó su aparato y todavía deja que desear. Desde hace unos años sigue los cursos de radio por correspondencia de una escuela de Massachusetts que le trae a San José del Guaviare el avión bimensual del gobierno. Pero va a construir uno más moderno si el gobierno no suspende el servicio de avión, como se teme. Luego de su largo discurso, Jesús ha callado, pensativo, y ya no se oye sino el chasquido de sus manos que maquinalmente aplastan mosquitos en sus brazos, mientras saborea-mos nuestra cerveza.

—¿Van ustedes a la piedra o no van? —dice D.

—Si van, salgan mañana. Yo volveré a Chaffuray con la piragua grande del gobierno, y como seguramente permanecerán tres o cuatro días allá, encontrarán sus equipajes y su amigo al volver aquí: no habrán perdido tiempo.

Al día siguiente remontamos el Guaviare hacia el Guayabero y el rápido de las piedras pintadas. Dos indios nos acompañan, dos personajes anónimos y melancólicos, que no dejan de remar sino para tragar, de cuando en cuando, un puñado de mañoco.<sup>6</sup>

Nos miramos, Pierre, Luis y yo, mientras una a una desaparecen las decoraciones encantadas de la selva. La misma cuestión nos preocupa a los tres: ese cambio súbito que hemos introducido en un itinerario largamente meditado, basado en la fe de una habladuría en San José del Guaviare ... Normalmente debíamos ir en busca de Jean y de nuestro equipaje para descender los ochocientos kilómetros del Guaviare, enseguida, antes que la plena estación de las lluvias nos impidiera el pasaje del peor rápido, Mapiripán, sobre el que circulan tantas leyendas; Mapiripán, el país de los indios antropófagos que nadie ha visto y del que todos hablan; Mapiripán, el centro del Guaviare desconocido. En vez de eso, nos hemos puesto en camino casi sin equipajes, en una mala piragua sin motor, con dos indios mudos y que ayer no conocíamos, en busca de un tesoro...

No puedo abstenerme de volver a pensar en un libro que leí en Bogotá y que dice:

<sup>6</sup> Mañoco: harina de mandioca amarga.

“Háblase mucho, desde San Martín hasta el Guaviare, de la existencia de restos o vestigios de un gran camino que se cree salía del Perú, pasaba por el Alto Ariari y cruzaba la Cordillera Oriental para llegar a la altiplanicie de Bogotá. Cuéntase que los indios venían del Perú con manadas de amas hasta el Ariari, donde las cargaban de oro y volvían con ellas y el precioso metal para enriquecer los palacios de los incas”.

Para todos los llaneros, el oro es la quimera que siempre persiguen. Si avanzan, paso a paso, día tras día, en la ingratitud de su vida de desierto y de viento, es porque en lo hondo del corazón de cada uno brilla como una mariposa la secreta esperanza de tropezar un día con la guaca, el tesoro as de oro, o de estatuas de oro, o de barras de oro que dormía esperándole a él en la tierra desierta. El oro fue la gran riqueza de los incas. Fue también el veneno y el apoyo a la vez de la conquista española. Aún sigue siendo, cuatro siglos después de Colón, el “doping” de todos los que, en Sudamérica, se apartan de las grandes carreteras y de las ciudades. Guaca es, por lo demás, una palabra tan vieja como la conquista, y significaba en su origen, no tesoro, sino tumba<sup>7</sup>. Y fue la riqueza de los indios la que produjo la confusión entre esas dos palabras. De guaca se formó gaaquero: el que busca las tumbas, el desenterrador de tesoros. Cada cual en la Cordillera de los Andes, del Perú al mar Caribe, y cada cual aquí, en el llano y junto a la selva, es algo gaaquero. En nuestra piragua, que remonta hacia el rabión del Guayabera, los tres nos interrogamos con la mirada, Luis, Pierre y yo. Cada uno sabe la pregunta que el otro se plantea. Dice para sus adentros:

“¿Acaso las guacas serán contagiosas? ¿Quién sabe si en los pocos días que hemos pasado en el llano no habremos sido picados, como lo somos por el anofeles que transmite el paludismo, por algún otro invisible agente que transfiere el gaaquerismo, la sed del tesoro? Después de ocho días de ejecución, he-nos aquí aguas arriba del río por el cual deberíamos ir aguas abajo”.

Entre nosotros y nuestros indios, en el fondo de la piragua, se hallan una barra de mina, palas, picos, cuerdas.

<sup>7</sup> Del quechua *huaca*: estatua, objeto sagrado.

Hasta las bocas del Ariari hemos sido remolcados por la “piragua del gobierno”, enorme embarcación, en verdad, de un solo tronco de árbol ahuecado a fuego como lo son las piraguas indias. Mide por lo menos quince metros de largo y cerca de metro y medio de ancho en su parte central. Debe cargar con holgura sus cinco toneladas. Nos desprendemos de ella en la confluencia del Ariari y del Guayabera para sesgar a la izquierda, remando, mientras la gran piragua, empujada por nuestro motorcito, desaparece a la derecha hacia Chaffuray. Nepo, el cabo de la selva, es quien la dirige. Si en San José dormimos en casa de don Jesús, el hombre de ciencia, en cambio comemos en casa de Nepo, segundo notable del pueblo, y durante la cena de anoche nos refirió las principales circunstancias de su vida. Vino a la selva a los veinte años, movilizado por la guerra colombiano-peruana. Su primera escuela fue tan dura como se puede desear a un hombre robusto y que no teme a nada: lo enviaron al río Putumayo, el propio objeto del litigio, que desde entonces es la frontera en el mapa entre las dos repúblicas, en medio de la más tupida y malsana selva amazónica. La mayor parte de los hombres no murieron allí de una bala o de una esquirla de obús, sino de hambre, de mosquitos, de selva, de agotamiento. Nepo engordó de setenta a noventa kilos. Se convirtió en el que abre las trochas, el que transmite los partes a la carrera, a través de la selva, el que se informa entre los indios sobre los movimientos del enemigo, el que, finalmente, permaneció en el Putumayo una vez terminada la guerra. Luego se le nombró cabo y se le pasó a cargo de un puesto fronterizo, en algún lugar de la línea ideal que separa Colombia del Brasil. Por último se retiró de las funciones públicas, y su piragua, de río en río, lo llevó un día a San José. Allí, después de construirse una casa, decidió esperar, cazando el jaguar, el tapir y el venado, la mejor oportunidad para dedicarse a la búsqueda de la famosa piedra azul que nunca había visto pero de la que un indio le habló. No sabe ni qué es, ni dónde se halla, sino que su color es tan azul como un pájaro azul, y que un chofer de la Rubber, cuando los norteamericanos explotaban las caucheras de la selva, abandonó un día su camión y su empleo para regresar a la ciudad, después de que un viejo indio con quien había tropezado le vendió una piedra azul que acababa de recoger. Entonces Nepo, sin decir nada a nadie sino a nosotros, hoy, porque somos unos sabios, prepara su plan y soporta alegremente el aburrimiento de su

vida presente. Posee sin embargo algunos tesoros reales, como el fonógrafo que funciona con un contrapeso cuyo hilo agujerea el techo de su habitación; un gran machete, una escopeta de pistón cuya culata hizo él mismo, y su bolsita de pólvora. Encima de su cama está colgado su sable de cabo —hoja de Solingen y empuñadura de cobre— que brilla como un sol eterno que debiera perpetuar sus aventuras. Posee, por último, una mujercita brasileña que canta y ríe todo el año como un pájaro. En sus ojos chispea sangre de negra y se contonea al caminar, mientras vestida de tejido de algodón con grandes flores, y ella también parecida a una desacostumbrada flor, pasa y deja tras ella una larga estela de olor cálido e insólito, en ese país que no sabe ser sino triste o grandioso como la soledad. Lilia nació en Río de Janeiro; Lilia conoce el mar y los casinos; Lilia conoce los grandes cines y los grandes almacenes; Lilia sabe hablar de todo y bailar la samba: “[Ay, señor! —me dice Nepo—; tengo que encontrar la piedra azul, ¿sabe usted?, pues no es la vida que ahora le doy la que Lilia necesita”. Y en su casa, sentado a la mesa, cada una de cuyas tablas ha cortado de árboles que él derribó en el bosque y transportó, Nepo el inagotable llama a Lilia “mi vieja”, y ella, de pie canturreando en su cocina, se burla dulcemente, gentilmente, de ese gordo marido que tanto habla y que ha sido militar.

Han pasado cuatro horas desde que en la confluencia del Ariari y del Guayabera nos hemos separado de la gran piragua y de Nepo. A pesar de los repetidos golpes de remo de nuestros indios, sólo avanzamos muy lentamente. La fuerza de la corriente crece de minuto en minuto: nos acercamos al salto. En un recodo, por fin, el río se estrecha de pronto entre dos murallas de altas rocas que el bosque escala, y se precipita sobre nosotros con violencia, borbollando y gruñendo. Nuestros hombres dirigen rápidamente la piragua hacia una caleta al abrigo de los remolinos y trepamos la orilla, desde donde un sendero desaparece en la selva. Hemos llegado.

Pero la noche se acerca, y no es cosa de emprender nuestra exploración antes del día siguiente; de modo que colgamos rápidamente hamacas y mosquiteros, en tanto que nuestros indios encienden un fuego cuyo humo nos protegerá algo de los mosquitos que ya empiezan a revolotear a nuestro alrededor. Por fin cerró la noche, y después de que cada

uno, en cuclillas al lado del fuego, se hubo tragado una calabaza de mañoco mojado con agua del río —nuestra única provisión mientras el grueso de nuestro material no se juntara a nosotros—, desaparecimos uno tras otro al amparo de nuestros mosquiteros y nos quedamos dormidos, los ojos llenos de una zarabanda de llamas cargadas de oro, de piedras azules y de fuegos fatuos.

•

Necesitamos diez horas de marcha abrumadora, entre la selva esponjosa y las peñas cubiertas de musgos y lama, donde cada paso era una verdadera aventura. Pero hacia las cinco de la tarde nos vimos recompensados y todo nuestro cansancio se disipó como por encanto. Durante horas la selva se había empinado hacia el cielo, del que sólo se percibían algunos jirones azules o blancos inmóviles por los entretejidos de ramas y hojas. Luego, de pronto, se abrió ante una gran piedra blanca y chata, agrietada en todos los sentidos, como un ventisquero, por precipicios que era preciso saltar uno tras otro. Hacia el norte esta plataforma se detenía encima de un cañón sombrío del que subía el enorme trueno del río. Hacia el oeste la prolongaba un montecillo de doscientos metros, donde la selva empezaba de nuevo y que una delgada línea blanca, en la cima, separaba del cielo. Pero una vez escalada la última colina de monte bajo, esa línea se ensanchaba por encima de nuestras cabezas hasta convertirse en un acantilado de un color blanco brillante, de más de cien metros de largo y por lo menos treinta de alto. Sobre toda la superficie, animales, hombres y signos rojos cabalgaban en un palimpsesto de danzas inmóviles. Allí estaba.

¿Cuánto tiempo hacía que las aves del cielo y las fieras de la selva eran los únicos que conocían ese gran libro de imágenes abierto en medio del silencio? Sin duda siglos y quizá milenios.

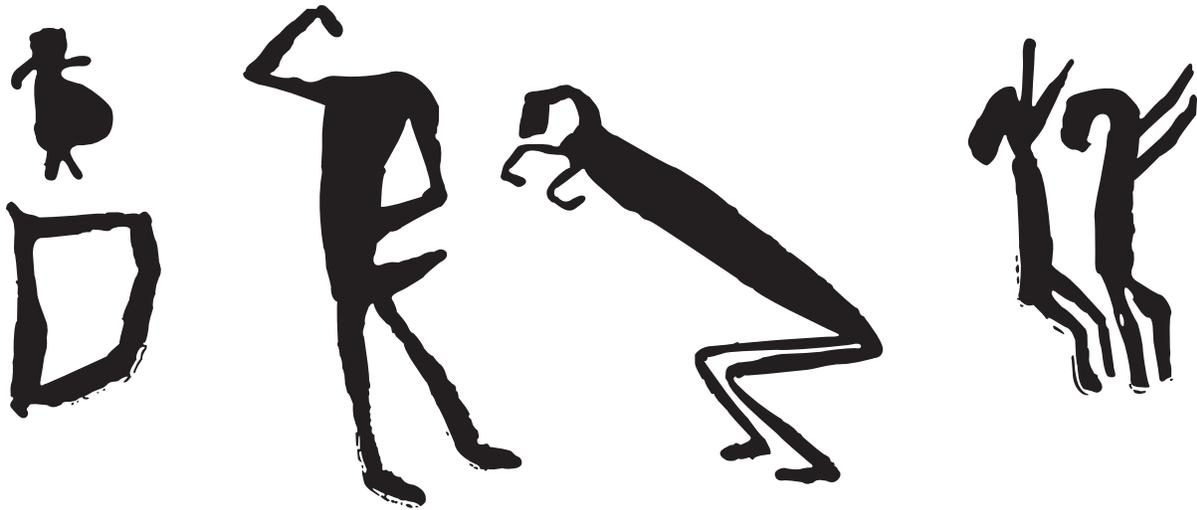
Hoy, escribiendo este libro, recuerdo todavía el minuto precioso en que llegamos. Estábamos cubiertos de sudor, rasguñados, destrozados por el bosque. Nos sentamos en el suelo y durante una hora nadie dijo una palabra. Mirábamos uno tras otro todos esos dibujos de los cuales unos brillaban con un color rojo tan vivo como si hubiesen sido trazados

la víspera, mientras que otros, borrados en sus tres cuartas partes, no eran más que sombras de color de rosa que corrían por la edra. ¿Quién? ¿Cuándo? ¿Cómo? Las preguntas se confundían en nuestras cabezas. Algunos estaban trazados a la altura de un hombre, al pie del acantilado, y otros, algunas veces de dos y tres metros de ancho por otros tantos de largo, se hallaban suspendidos en el vacío, a veinticinco metros por encima de nosotros, en esa muralla lisa y vertical difícil hasta para un alpinista experimentado.

Acampamos al pie de la piedra, y durante veinticuatro horas discutimos, comparando entalmente nuestro descubrimiento con los dibujos prehistóricos de Altamira y de Lascaux, con las inscripciones rupestres del Hoggar y las del Africa del Sur, con las pinturas indias, en fin, de la cordillera de los Andes y las del Río Negro, del canal Casiquiare y del Orinoco, descritas por todos los viajeros de la América amazónica, de Humboldt a Spruce, de Spruce a Koch-Grünberg. ¡Ciertamente había en todo eso semejanzas! De cuando en cuando hacíamos una comparación entre tal y cual detalle de lo que teníamos ante los ojos y de lo que estaba en nuestra memoria. Pero a pesar de todo, a medida que pasaban las horas, los tres acabamos por convencernos de que nos hallábamos ante algo completamente nuevo, absolutamente original en la historia de las artes primitivas.<sup>8</sup>

“Ciertas formas que aparentaban ser las más recientes eran puramente abstractas y geométricas, y parecían, históricamente, provenir de una época de transición entre el dibujo más estilizado y los albores de una escritura. La mayor parte de las demás, por encima de las cuales estaban éstas pintadas, enmarañaban formas animales y humanas, interpretadas más o menos libremente. Al primer vistazo los tres fuimos atraídos por dos grandes animales que ocupaban el

<sup>8</sup> Cuarenta años después, se sabe de la existencia de pictogramas análogos sobre los afloramientos rocosos en diversos lugares de una vasta sección del corredor selvático que se extiende entre los cursos medios del Guaviare y del Inírida. Esta zona es tan poco conocida que se acaba de descubrir, hace muy pocos años, un subgrupo de indios llamados macus, no inscritos hasta entonces. Está aún por hacerse el reconocimiento e inventario sistemáticos de las rocas pintadas, así como su clasificación por niveles —salta a la vista que hay por lo menos dos— y el estudio comparado de las representaciones, al igual que su cronología. Hasta que exista una mayor información, el sitio rupestre del Guayabera sigue siendo el más importante de la región. Estas pinturas aparentemente no tienen ninguna relación con los grabados rupestres del Orinoco propiamente dicho, conocidos desde hace mucho, como por ejemplo los del cerro pintado de Atures.



centro de un ancho espacio de roca blanca. Nuestro guía indio, que inmediatamente había reconocido tortugas, caimanes y pecaríes, que más allá corrían en un friso, permanecía mudo ante ese dibujo, sin saber o interpretarlo por el poco parentesco que dichos animales presentaban con la fauna habitual de las tierras bajas de la América ecuatorial. Nuestra hipótesis fue que se trataba de llamas, por la forma característica de la cabeza, de la cola y de la parte baja de los miembros. Y nunca hubo llamas sino en las altiplanicies andinas del Perú, a varios millares de kilómetros de aquí. Pero enseguida acudió a nosotros el recuerdo de la famosa carretera del oro por la cual los incas transportaban en caravanas de llamas los tesoros de esmeraldas y de oro que negociaban con los chibchas y quimbayas de Colombia.

Quizá estuviésemos en presencia de la primera prueba efectiva de la existencia de ese camino. Nada impedía pensar que pasara por el curso superior del Guayabero, puesto que iba, dice la leyenda, a las fuentes del Ariari, ni que las gentes de las tierras bajas que pintaron ese acantilado pudieran, mucho antes de Cristóbal Colón, ver las llamas domésticas de los señores del Perú, y dando carácter de fábula a esa visión, las representaran sobre las rocas de sus territorios conjuntamente con otras imágenes más o menos mitológicas.

Completamente de acuerdo, se decidió que instalaríamos un campamento de base al pie del acantilado y que consagraríamos a un estudio más detenido de

nuestro descubrimiento el tiempo que fuera necesario para llevar una documentación completa y una primera película en colores.

Una semana más tarde, luego que en San José encontramos a Jean y nuestro equipaje, llegados sin incidentes de Chaffuray, la expedición en pleno volvía a emprender el camino del acantilado del Guayabero, del que comenzamos, al mismo tiempo que la película, el estudio detenido, que no debía sino confirmar nuestras primeras hipótesis: habíamos descubierto un tesoro que merecía que por él se retrasara el avance de la expedición, aunque no mereciera ese nombre para los llaneros. Ningún fuego fatuo bailó jamás sobre el acantilado y no encontramos más oro que el que a veces ponía el sol sobre tal o cual detalle de las pinturas.

•

Como la estación de las lluvias avanzaba, el trabajo en las piedras pintadas del Guayabero se hizo cada vez más difícil. Al principio sólo llovía una hora por día, pero pronto fueron raros los días en que tuviéramos una hora de sol para filmar. La atmósfera de la selva estaba saturada de humedad y ya no podíamos dejar un objeto de cuero una noche a la intemperie sin que por la mañana lo encontráramos lleno de moho. Nos dimos cuenta de que ese clima no sólo ponía en peligro nuestro material, sino también nuestros organismos.

La selva se nos volvía cada vez más hostil, más peligrosa, a la par que aprendíamos lentamente a conocerla. No podíamos permanecer más de cinco o seis días seguidos al pie del acantilado. Cada semana teníamos que bajar a descansar a San José, entre la casa de Jesús, donde dormíamos, y la de Nepo, donde comíamos. Aquí un plato de sopa, un vaso de limonada endulzada con panel a nos parecían cada vez más milagrosos, y por la noche escuchábamos con perfecto recogimiento las charlas de Nepo y la radio acatarrada de Jesús.

Luego, una mañana, al alba, Jean, que junto con sus funciones de “camarógrafo” ejercía las de mecánico de la expedición, tiraba en el puerto del baramante de nuestro motorcito y, sentados en la piragua, entre nuestros dos indios, remontábamos por tercera, por cuarta, por quinta vez el Guaviare y el Guayabero.

A principios de julio comenzaron las contrariedades. Casi habíamos terminado nuestra película. Estábamos en San José y contábamos con tomar en unos días los planos de enlace que nos faltaban. Era ya necesario, por lo tanto, preparar la reanudación de la empresa, es decir, encontrar las piraguas y los hombres indispensables para bajar los ochocientos kilómetros de río que nos separaban del Orinoco.

Planteamos el asunto a derecha e izquierda, y si al principio nadie decía que no, nadie tampoco contestaba que sí. Cada día fue más patente que nos

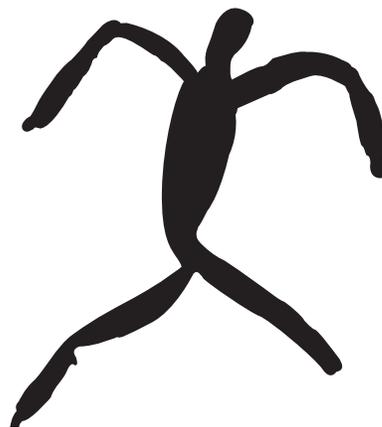
hallábamos solos, absolutamente solos para la aventura que proyectábamos. Mapiripán aterrorizaba a todos, tanto a los blancos como a los indios. Nadie quería aventurarse, sobre todo en plena estación de lluvias. Tampoco podíamos emprender solos esta larga etapa. Transportábamos con nosotros demasiado material frágil e indispensable para los días venideros. Por último, aún no estábamos bastante hechos a la navegación en la selva.

En ese momento fue cuando Gaisseau cayó enfermo. Una mañana se despertó calenturiento y se dio cuenta de que casi no podía andar.

El muslo derecho se le puso de plomo, al mismo tiempo que se le hinchaba el ganglio de la ingle. Resolvimos pedir un avión al gobierno de Bogotá, para que nos hiciera pasar la zona del Mapiripán, y el domingo siguiente, Luis, el miembro colombiano de la expedición, volaba hacia la capital con el correo bimensual. Había en San José una estación militar de radio. Cada día esperábamos la contestación. El estado de Gaisseau empeoraba. Sin tener todavía una infección localizada, pronto quedó clavado a su hamaca, con una fiebre cada vez más violenta, gritando de dolor en plena noche, sin siquiera darse cuenta.

Por fin recibimos un mensaje de Luis. Decía:

*Imposible obtener un hidroavión. Espero tener un DC3, para Carimagua, en los llanos. De ahí podremos*



*Llegar al río Vichada y descenderlo hasta el Orinoco. Espero darle una fecha precisa dentro de ocho días.*

Esto significaba subir cuatrocientos o quinientos kilómetros al norte antes de girar hacia el este para alcanzar el Orinoco. Pero también sabíamos que el Vichada, si era más conocido que el Guaviare, era en cambio un río enteramente navegable y que por ese camino estábamos seguros de poder alcanzar el Orinoco por nuestros propios medios. Era abandonar algo de lo desconocido que descubriría la expedición, pero también era llegar más rápidamente al pie de la obra para abordar la parte más importante de nuestro viaje, quiero decir la travesía de la sierra Parima, de Venezuela al Brasil. Telegrafí a Luis que estábamos de acuerdo. Pasaron nuevos días. Todavía no se le declaraba ningún absceso al desdichado Gaisseau, aunque ahora tenía la ingle derecha abultada como una manzana.

Llegó el día en que un avión se posó en el pequeño terreno de San José. De él bajaron tres extraños personajes. A primera vista no se podía saber si eran hombres o mujeres. Los tres, uniformemente vestidos con una gran hopalanda de lana de color azul oscuro con rayas blancas, caminaban descalzos con pasos contados. Sus rostros imberbes y cobrizos recordaban por la nobleza de su dibujo las representaciones antropomorfas de ciertos vasos peruanos. Una lustrosa cabellera negra les caía sobre los hombros, alrededor de multitud de collares de vidrio azul formando juego con su ropa, y un sombrero flexible, ajado y sin cinta completaba su indumentaria. En la mano izquierda cada cual llevaba una maletita idéntica de metal pintado.

—Somos incas —dijeron tranquilamente al bajar del avión, mientras indios y gente del pueblo, asombrados, se apartaban para darles paso.

Se instalaron en una cabaña abandonada, algo retirada del pueblo, a orillas del campo de aviación. Luego, al saber que estábamos allí vinieron a hacernos una visita muy cumplida, de turistas a turistas.

Les ofrecimos cigarrillos, y el más atrayente de los tres, que parecía ser el jefe del destacamento, se puso a hablar en un español impecable.

Nos dijo:

—Viajamos para instruimos. Cada año nuestro jefe envía a los jóvenes a recorrer el vasto mundo. Venimos de Villavicencio y ahora esperamos visitar el Brasil, pues esta selva no parece muy interesante.

El año próximo volveremos a casa para la fiesta de Navidad. Somos de Sibundoy, en la Cordillera de los Andes, cerca de la frontera del Ecuador. Ya hemos visitado el Ecuador, esa pequeña república que pertenecía a nuestros antepasados, así como también buena parte de Colombia. Conocemos igualmente la América Central, que es un país muy hermoso.

Me preguntaba cómo vivían esos nobles viajeros, cuando el jefe, chupando su cigarrillo, observó a Gaisseau, que gemía en su hamaca, y volvió a tomar la palabra:

—¿Está enfermo el señor? —preguntó levantándose para mirarlo más de cerca.

Mi contestación afirmativa despertó inmediatamente el interés de los otros dos hombres, y los tres, después de inclinarse un rato sobre Gaisseau, declararon a un tiempo:

—Este señor tiene fiebre; hay que cuidarlo.

Y como asentíamos con la cabeza, Jean y yo, el jefe agregó:

—Si ustedes quieren, vaya cuidarlo con mis remedios indios —a la par que nos indicaba con la mirada la valijita de metal que estaba a sus pies.

¿Qué pensaba Gaisseau? Se levantó apoyándose en los codos y dijo:

—Conforme, conforme; que me cuide; iya veremos!

—¿Está usted seguro de que lo podrá curar? —pregunté al hombre.

Se inclinó y abrió la valija. Sacó una cajita redonda llena de un unguento oscuro de fuerte olor a resina:

—Aquí está el remedio —dijo—; hace salir el mal, chupa, ¿comprende usted?

—Bien —dije—; vamos.

—Habría que saber cuánto pagará el señor —objetó cortésmente.

—¿Cuánto quiere usted?

—El tratamiento de esta enfermedad vale diez pesos.

Su tarifa era la de los médicos de Bogotá. Empezaba a comprender cómo viajan los indios de Sibundoy.

—Bien —le dije—; cuídelo; pero no le pagaré sino después que esté curado.

—Señor, esta pomada está hecha con una hierba muy rara, que no crece más que en el Putumayo. La hemos recibido de nuestro cacique; es decir, de nuestro jefe —precisó amablemente—, y sólo poseemos este tarrito. Otros productos obrarían seguramente sobre el enfermo, pero no se llevarían sino una parte del mal, que más tarde se despertaría. Este unguento es el único que puede extirparlo de una vez, definitivamente. Si no tiene usted confianza, no me dé más que cinco pesos ahora y los otros cinco cuando esté sano.

Acepté. Rasgó un trozo de un diario viejo que estaba encima de la mesa y fue a sentarse al lado de Pedro. Embadurnó el trozo de papel con un poco de pomada y lo calentó un instante con un fósforo. Luego colocó el emplastro sobre el tumor de la ingle, con la suavidad y la precisión de un enfermero experimentado.

—Ya está —dijo levantándose—; el mal va a salir. Volveré mañana por la mañana.

Y, cogiendo su valija, se marchó dignamente, seguido de sus dos compañeros.

Por la noche, Gaisseau me llamó. Estaba empapado de sudor. La fiebre empezaba a bajar.

—Esto chorrea —me dijo.

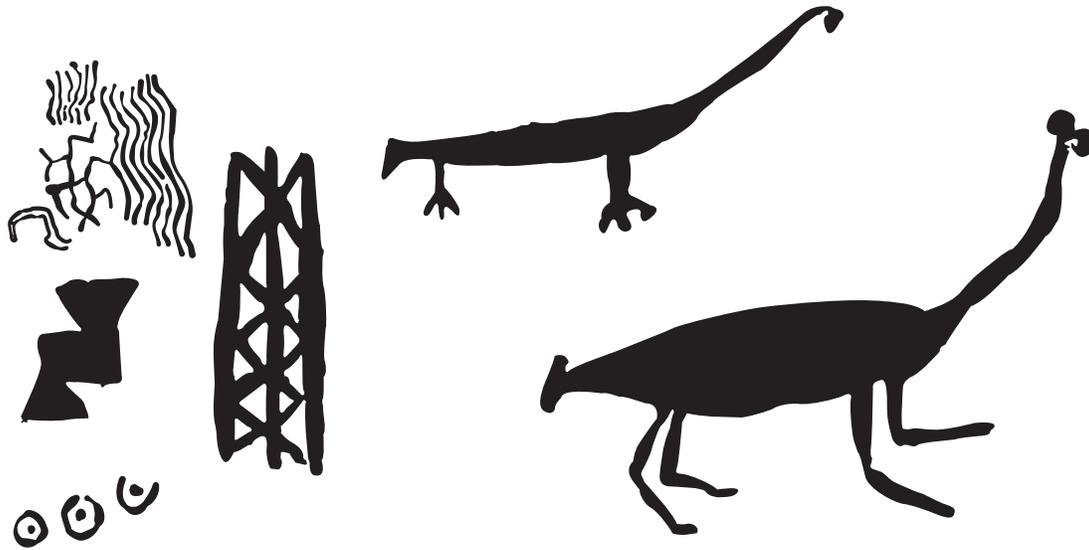
A la luz de mi linterna eléctrica le miré la ingle: el absceso se había reventado, e inundado con pus el emplastro de nuestro doctor. Herví agua y limpié la herida. Salió como una nuez grande de pus. Gaisseau volvía de otro mundo. Durmió hasta que fue de día como un bienaventurado. A las ocho de la mañana apareció el Sibundoy, su valijita en la mano, y luego de damos los buenos días, se sentó a la cabecera del enfermo. Deshizo el vendaje y lo tiró al suelo; después dijo:

—Ahora hay que hacer salir todo el mal que queda; mas para ello necesito veneno de tabaco. No comprendíamos exactamente lo que quería decir con eso, pero, inspeccionando con la mirada nuestra habitación, descubrió mi pipa encima de la mesa y se apoderó de ella con aire encantado. Deshizo el tubo y en un nuevo trozo de papel de diario recogió cuidadosamente el jugo del filtro y del fondo de la pipa. Mi pipa estaba muy sucia y esto pareció contentar especialmente a nuestro médico.

—Pero hombre —me dijo Gaisseau—; ¿no podías haberlo pensado antes?

Una nueva caja salió de la valija de metal. Contenía un polvo verde del cual el práctico mezcló una pizca con el zumo de mi pipa. Después, una vez que, como la víspera, hubo calentado el todo con un fósforo, lo colocó con la misma delicadeza sobre el absceso y se retiró. Esta curiosa mezcla debía tener una verdadera virtud de ventosa, pues unas horas después salían del absceso cucharadas y más cucharadas de pus, mientras que decrecían al mismo tiempo la fiebre y la inflamación. Cuando, dos días más tarde, un avión de caza aterrizó en San José, pensamos sin embargo que un poco de penicilina no haría sino completar el tratamiento de nuestro médico indio, y Gaisseau, ya en condiciones de ponerse de pie, partió para Bogotá, en tanto que, para no faltar a nuestra promesa, entregaba al Sibundoy el complemento de sus honorarios.<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Los sibundoyes, quienes ya no tienen que hacerse a una reputación como curanderos, son una importante comunidad indígena del sur de la cordillera colombiana, en el límite con el antiguo imperio inca y que por lo tanto hablan un dialecto con influencia quechua, lo cual explica que se presentaran como Hincas<sup>9</sup> ante los extranjeros que éramos nosotros. Su forma de vestir, por otra parte, indica la persistencia en ellos de la influencia peruana;<sup>9</sup> usan ponchos auténticos y no la ruana colombiana. Explorados y combatidos desde hace mucho por los propietarios criollos de la región, y mediante tenaz lucha, los sibundoyes obtuvieron recientemente del gobierno colombiano el reconocimiento de una cierta autonomía ad-



Nos quedaban, según pensábamos, unos quince días en el Guaviare antes de que el avión prometido y nuestros dos compañeros vinieran a buscarnos. Teníamos, pues, tiempo de ir por última vez al acantilado para filmar nuestros planos de enlace. En el momento de partir, fui a sus chozas en busca de los indios que nos habían acompañado en nuestros precedentes viajes. Estaban acostados en sus hamacas y no se movieron cuando entré. Sólo un gruñido respondió al buenos días que dirigí desde la puerta:

—Vamos, muchachos —les dije—; levántense, nos marchamos a las piedras.

Ninguna contestación. Insistí, sin mayor éxito. Entonces me adelanté hasta la hamaca más cercana y la sacudí:

—¿No me ha oído?

Nuevo gruñido.

—Entonces, ¿vienen ustedes?

Nuevo gruñido.

—¿No quieren venir?

El gruñido, esta vez, tomó completamente la forma de un no.

—¿Por qué no quieren venir?

—Porque tenemos mucho trabajo —contestó por fin una voz doliente; y, sin duda agotado por ese esfuerzo, el hombre dio una vuelta sobre el costado y volvió a dormirse.

Me pareció inútil insistir más. Sin duda nuestros indios estimaban haber ganado lo suficiente desde que trabajaban con nosotros. No se les podía sacar nada más. Jean y yo recorrimos el pueblo apresuradamente para encontrarles sustitutos. Pero desde hacía unos días la lluvia no cesaba y el río, en el puerto, había crecido más de un metro, de modo que nadie se preocupaba de salir al monte con semejante tiempo, y pronto tuvimos que rendirnos ante la evidencia: partiríamos solos o no partiríamos.

Marchamos solos. El tiempo era tan malo que necesitamos ocho días para filmar las pocas imágenes que faltaban a nuestra película. Cuando la lluvia aplastaba la selva, haciendo indistintas todas las cosas a

ministrativa, que comprende la propiedad y la explotación de sus tierras -inexpropiables-, el derecho de los consejos tradicionales (los cabildos) de manejar los asuntos corrientes, y finalmente la oficialización de su lengua, que de ahora en adelante será enseñada junto con el español por maestros bilingües.

nuestro alrededor, no sólo durante horas y a veces días enteros no podíamos filmar una imagen, sino que tampoco había cómo salir en busca de víveres. Todas las aves y los animales de la selva desaparecían en invisibles guaridas. Sólo quedaban los insectos, las moscas y los mosquitos que venían a buscar refugio en nuestra tienda de campaña: entonces nos metíamos rápidamente bajo los mosquiteros. Al final ni siquiera estábamos impacientes: nuestra prisa por terminar el trabajo se disolvía en la lluvia, como los sonidos y los colores. Ya el universo no era más que una enorme bola de vapor en el centro de la cual dormitábamos sin movernos, mientras que unos tambores tocaban sin cesar a la carga por encima de nuestras cabezas. Y de pronto la lluvia cesaba, y saltábamos a la cámara, y corríamos a filmar unos metros de imágenes, lo más rápidamente que podíamos para aprovechar esa tregua, que a veces duraba una hora o dos, y otras diez minutos o un cuarto de hora. Era imposible cazar. Nos acostumbramos a vivir con un vacío en la boca del estómago, que de cuando en cuando engañábamos con un puñado de mañoco y solamente una vez por día, pues era menester economizar nuestras provisiones, con una taza de chocolate con leche condensada. Fuera de nosotros, ya no parecía que hubiera en el mundo sino un ser viviente; un oso palmero, bastante grande a juzgar por el tamaño de las huellas.

Nunca lo vimos. Sin embargo, cada día se paseaba alrededor de nuestro campamento. Parecía jugar maliciosamente al escondite con nosotros: del campamento al acantilado, del acantilado al campamento seguía nuestras pistas y las sembraba de residuos de cocos roídos como invitándonos a seguirlo. Horas y horas, en efecto, lo seguí, latiéndome el corazón, llevando en la mano un fusil amartillado; pero en vano; era mucho más astuto que nosotros.

Cuando regresamos a San José, seguíamos sin noticias de nuestros compañeros. La lluvia eligió, naturalmente, ese momento para calmarse: hubo unos días de cielo tan azul como en la estación seca. Entonces Nepo, a quien contamos las desdichas de nuestro último campamento y la historia del oso, nos propuso que hiciéramos una excursión con él, por una sabana llena de rocas, que se hallaba a un día al sur del pueblo. Era el sitio a donde llevaba a pacer las pocas vacas que poseía, y nos dijo que algunos pretendían que también había pinturas rojas

sobre esas peñas. Quizá podríamos completar nuestros descubrimientos del Guayabero, y además nos prometía una o dos hermosas partidas de caza para consolarnos. En veinticuatro horas organizó esta nueva expedición y partimos una mañana con un lujo de equipo al que no estábamos acostumbrados. No había menos de tres indios con nosotros, y Nepo conducía por la brida su caballo que, por viejo y débil que fuese, nos ahorra por lo menos llevar a cuestras, como acabábamos de hacerla, cerca de ochenta kilos de material.

Otro habitante de San José se unió a nosotros a última hora: G., el sargento de policía sin policía, el hombre de la hermosa gorra de color caqui. Poseía dos caballos y nos propuso que aprovecháramos el segundo. El animal estaba en tal estado de flacura y de embrutecimiento que Jean prefirió sus pies. Convinimos pues, que saldríamos en dos grupos: uno formado por Jean, Nepo y los indios; el otro, el grupo montado, por García y yo. Nos encontraríamos de noche en una gruta que nuestros dos guías conocían y donde estableceríamos el campamento.

Unas horas después avanzaba, ora al paso, ora a un trotcito espantoso, al lado de G., quien, muy satisfecho, me comentaba las bellezas del paisaje. Primero recorrimos una pobre sabana, con algunos matorrales acá y acullá, y luego penetramos en un bosque cruzado por una senda suficiente para los caballos. Cuatro perros trotaban delante de nosotros. Pronto levantaron la nariz, y, olfateando algo, desaparecieron en la espesura:

—Vamos a esperarlos —me dijo G., sujetando las riendas.

Pasó un minuto; a lo lejos, los perros empezaron a ladrar y al poco rato aullaban sin parar en un tono cada vez más nervioso. G., que estaba atento en silencio, largó las riendas a su montura, que prosiguió su camino:

—Han dado con una manada de monos —dijo—; no vale la pena que vayamos a desgarrarnos en la maleza; continuemos.

Mientras caminábamos le pregunté cómo había adivinado que se trataba de monos.

—No lo he adivinado —me dijo riendo—, los perros me lo han dicho. Cuando ladran alto, agudo, con cortes en medio de sus risas, es que se trata de algo no peligroso y que pone nervioso; si tiene voz de cabeza, es que se trata de algo que está en el aire, que salta. Se ponen nerviosos, no lo pueden seguir: es un mono. Ya verá usted, si llegan a levantar un tigre, entonces será otra cosa; ya no cantan, agachan la cabeza, se arrastran por el suelo y gruñen; tratan de hacerse tan grandes como él, huelen la sangre, tienen miedo y se vuelven malos.

Los perros comprendieron sin duda que no nos interesaban los monos, pues sus aullidos cesaron al cabo de unos instantes. Luego transcurrió media hora durante la cual avanzábamos silenciosos, cada cual sumido en sus pensamientos, y los míos, debo decirlo, iban todos a esos perros de la selva, tan miserables de aspecto, tan flacos que las costillas les saltaban de la piel como las ballenas de un paraguas; esos perros que tomaríamos por los más miserables falderos, y que atacan al jaguar y gritan como mujeres nerviosas cuando ven saltar a los monos entre los árboles.

Volvieron a ladrar y cruzaron el atajo a todo correr, treinta pasos delante de nosotros, y luego se detuvieron en lo más tupido de la maleza, donde se pusieron a ladrar a coro, furiosamente.

—¡Hola, hola! Deben haber levantado un pecarí —dijo G., saltando vivamente a tierra.

Desapareció adelante de primero, mientras yo ataba los caballos al borde de la trocha. Luego oí que llamaba. Salté en medio de las malezas y lo encontré muy ocupado plantando una especie de reja con varillas de madera a la salida de una gran madriguera. A tres metros de allí, los cuatro perros alzaban las colas al aire y, con las cabezas juntas, se metían aullando en otra boca de madriguera.

—Es un cerillo —me dijo G.—; la especie pequeña de pecarí, que vive bajo tierra como un conejo. Es el que tiene mejor carne. Póngase cerca de la salida de la madriguera, vaya hostigarlo del otro lado hasta que salga; no tendrá más que tirarle a la cabeza en cuanto salte hacia usted.

Y se fue junto a sus perros. Con el machete cortó una rama de metro y medio, cargada de hojas. Se agachó y, metiéndola en la entrada libre, se puso a sacudirla violentamente en el fondo del subterráneo. Oí unos golpes sordos en la tierra, y de pronto la rejilla de ramas voló hecha trizas. Durante una fracción de segundo vi un hocico colorado, abierto, en el que brillaban dos enormes caninos.

Le alojé el escape taza sin echarme siquiera el arma al hombro y la bestia volvió a caer en su madriguera, detenida en plena carga. Los perros habían saltado a mi lado, y sus aullidos después de la detonación subieron a lo más agudo, confundiendo las cuatro voces hasta no formar sino un solo grito hipertenso, como si se hallasen al borde de una crisis nerviosa. Cuando se disipó el humo del disparo, el más atrevido penetró en la madriguera. Y afirmándose en las cuatro patas, hincó sus quijadas en el pecarí y tiró de él hacia atrás con todas sus fuerzas. El animal había muerto en el acto. Consiguió sacarlo, centímetro a centímetro. Los demás perros, a su vez, metieron las quijadas hacia adelante y pronto sacaron completamente a la luz del día el gran cuerpo negro cubierto de tierra. Y, llenos de una alegría bárbara, los perros seguían dándole dentelladas en el cuello, en la barriga, en las orejas. Tuvimos que apartarlos a puntapiés.

Un poco más tarde, ya lavado el animal con agua de un arroyo y puesto en el suelo al borde de la senda, mientras preparábamos nuestros caballos observé al más tenaz de los perros, el que lo había sacado fuera del hoyo. Estaba acostado al lado del cuerpo, completamente calmado; ya no ladraba, sólo movía la cabeza, y lamía a lengüetazos al pecarí muerto, le alisaba los pelos como hace una gata con su cría.<sup>10</sup>

Volvemos a partir y pronto llegamos a la sabana. Está cerrada ante nosotros por una línea de color azul oscuro que se agranda a medida que avanzamos al mismo tiempo que, de trecho en trecho, la manchan masas blancas y grises. Es la selva y, en su linde, las rocas donde tenemos cita. El sol está ya bajo en el cielo; seguimos avanzando y pronto distinguimos una humareda que sube del pie de una

<sup>10</sup> Se trata del pecarí con collar (*Tayassu tajacu*), que no pesa más de veinticinco kilogramos y que vive solo, a diferencia del *Tayassu pecari*, que puede pasar de cincuenta kilos y que vive en manadas, a veces hasta de varios centenares de ejemplares.

peña. Es el fuego del campamento, donde nuestros compañeros están ya instalados. “La Lindosa” merece más que su nombre. Hasta donde alcanza la vista no es sino un amontonamiento de peñascos grises, colocados entre la selva azul de un lado y la sabana que, del otro, sube como una alfombra dorada hasta perderse en lo más profundo del cielo. Durante siglos y siglos, una erosión paciente ha trabajado ese desierto hasta hacer de él, en sus menores detalles, un gigantesco espejismo de piedra. Es el triunfo del teatro, del decorado, de la apariencia, del oropel, del relumbrón. Primero veo, adosado a la selva, un fastuoso palacio bárbaro, de fachada perforada por mil puertas y ventanas entre las cuales corren pasarelas, balcones, galerías esculpidas y caladas. Un bosque de torrecillas, de atalayas, de campanarios puntiagudos, o redondeados, o torneados lo domina, lo cubre, lo rodea por todos lados como las llamas de un dragón inmóvil. Grandes avenidas de hierbas verdes convergen hacia su base, embutidas entre murallas enhiestas como estacadas que acá y allá adornan grupos esculpidos, jarrones de piedra y bosquillos que se crearían podados por el jardinero del propio gran Khan.

Pero al cabo de unos pasos todo ese ensueño vacila, sus líneas se confunden y se desordenan, y al rato sólo queda un amontonamiento de piedras desechas, un caos de ruinas naturales lleno de hoyos y de grietas. Bajo los pasos de mi caballo el hermoso césped de las avenidas ha sido reemplazado por un suelo grisáceo y seco, que de cuando en cuando muestra una matita de hierba verde.

Al final de una de esas avenidas está instalado el campamento, en una ancha hendidura que chorrea humedad y que se hunde profundamente bajo el castillo de piedra. Los indios han encendido en la entrada un gran fuego de hierbas que impedirá a los mosquitos el acceso a nuestra morada. Dormiremos en el suelo, en lechos de hierba seca que ya nos esperan, alineados de dos en dos a lo largo de las paredes. De todos modos será necesario instalar nuestros mosquiteros, pues centenares de pequeños vampiros están pendientes sobre nuestras cabezas, inmóviles y apretados unos contra otros. La noche los despertará y, si nos descuidamos, aprovecharán nuestro sueño para extraernos a todos nuestra buena porción de sangre.

Más allá de los lechos, la muralla está agujereada por las bocas de otras galerías que corren en todos los sentidos alrededor de la nuestra. Mientras nuestros hombres desuellan el pecarí y preparan la cena, no podemos resistir la tentación de explorarlas enseguida. Cada cual toma una linterna eléctrica y nos adentramos en el primer corredor. Pronto el silencio es total, con excepción del golpear monótono de las gotas en el suelo. Los vampiros, incomodados por la luz, se desprenden uno a uno ante nosotros y desaparecen como sombras. La arena chirría bajo nuestros pasos y nuestras voces adquieren una extraña resonancia. Nepo, que va delante husmeando, nos llama desde un nicho lleno de arena y de hierba sobre el cual dirige el haz de su linterna. La hierba está aplastada como por la huella de un cuerpo:

“El lecho de un tigre”, dice. Algo más lejos, donde la galería desemboca bruscamente al aire libre, en un claro enteramente rodeado de peñascos, hay otro lecho en el suelo, más ancho y profundo que el precedente, y Nepo, echado a gatas, nos grita de lejos:

—¡Es una danta!

Está entusiasmado. Sigo inspeccionando metro por metro las murallas, buscando una huella humana que no aparece. Sin embargo, ese sitio fabuloso se me figura a propósito para haber inspirado a los hombres rojos que pintaron, a unos cincuenta kilómetros de allí, el acantilado del Guayabera. Sólo más tarde, cuando ya estemos cerca del campamento, descubriré de pronto, en el cornisamento de una especie de chimenea natural adosada a la pared de una cripta en la que nos hemos deslizado arrastrándonos, dos siluetas rojas, erguidas, una detrás de la otra, en éxtasis hacia un sol apagado y medio borrado.

Sentados en semicírculo alrededor del fuego, devoramos con apetito el guiso de váqui que han preparado nuestros indios y discuto con lean nuestro plan de exploración para el día siguiente cuando Nepo, que ya no ve más que tigres y dantas por todas partes, nos grita, con la boca llena:

—Vamos a salir enseguida de cacería. Apresúrense. Les vaya mostrar cómo se mata la danta con

linterna, y también verán lo que es un perro formidable —agrega, tirando el hueso que acaba de sacarse de la boca a una cosa miserable, amarillenta y patiocorta que gruñe en la sombra a su lado.

Un cuarto de hora después estamos en camino, en fila india. Marcho detrás de Nepo, el fusil en una mano, la lámpara portátil en la otra.

Detrás de mí viene lean cargado de aparatos fotográficos y de “flashes”. Vamos a hacer un reportaje sensacional, pensamos. Los perros trotan dispersos a nuestro alrededor, husmeando el viento, la hierba y la tierra, tratando de desenredar las madejas de olores que flotan en la noche. Nepo nos lleva con paso seguro por una senda ondulante que alterna regularmente entre la sabana y algunos pedazos de bosque.

Ahueca los labios y da pequeños silbidos, llamando a las dantas. Pero las dantas no responden. Hay demasiada humedad. El suelo está empapado. Han debido refugiarse más lejos, en un lugar más alto y más seco. Cada vez que entramos en la maleza, me parece que hundo los pies en un montón de esponjas. Los mosquitos no tardan en arrojarse sobre nosotros, acompañándonos en enervador enjambre que no desaparecerá hasta el final de la caza. Son tan numerosos y están tan hambrientos que me pican, no sólo por entre la barba y los cabellos, sino también en las piernas y en los brazos, a través de la camisa y del pantalón. Así transcurren dos horas, sin incidente alguno.

—No encontraremos las dantas —dijo Nepo—; se han marchado.

Por fin, mientras caminamos por la ladera de un bosque en el que han desaparecido los perros, un concierto de ladridos estalla y sube en crescendo hacia el agudo. Vuelvo a pensar en el discurso de García.

Llegó el momento de utilizar mi ciencia:

—Cerillo —dije a Nepo.

—No —contestó—; armadillo. —y penetra a galope en la selva, insinuando su corpazo por entre los árboles con sorprendente agilidad.

Trabajo me cuesta seguirle, y lean, detrás de mí, jura y se desuella los brazos para proteger sus aparatos sin perder terreno. El armadillo es un animal que vive en una cueva, como el cerillo; no me equivoqué tanto. Llegamos donde estaban los perros. Los seis tienen la cabeza hundida en la tierra hasta los hombros y, por encima, seis colas tocan al ataque en las hojas, mientras que las doce patas delanteras lanzan al aire doce chorros de tierra. Pronto son siete los escarbadores, pues Nepo se echa a gatas en medio de ellos y se pone a hurgar la tierra con su machete. Hunde el brazo en el suelo, lo retira, pega la oreja al agujero, levanta la cabeza, ensancha la entrada de la madriguera a machetazos, vuelve a meter el brazo, lo retira de nuevo y vuelve a empezar. Este juego dura un cuarto de hora sin que cesen los aullidos nerviosos de los perros ni la rabia impaciente del hombre. Rodeamos la escena. lean está listo e impasible como un reportero modelo, su aparato a punto y el “flash” en la mano. Tiene mérito en no moverse, pues los mosquitos han pedido refuerzos a todas las reservas de sus familias desde que estamos detenidos. Chupo mi cigarrillo echando humo como si fuera un fuelle, para tratar de alejarlos. Por último oigo correr, arañar y golpear algo bajo tierra, y la voz de Nepo grita:

—¡Mire, mire! —mientras se pone de rodillas, sacando con la mano un mantoncito negruzco y pataleando. Es el armadillo, al que trae por la cola. El resplandor del “flash” lo sorprende a la salida de la madriguera como a un ministro a la salida de una reunión parlamentaria, en el momento en que Nepo lo mata de un machetazo en la cabeza. Los animales de la selva de América ecuatorial tienen formas extrañas, pero el armadillo es seguramente uno de los más curiosos de todos. Es un roedor, una especie de rata grande, del tamaño de un conejo, cuyo cuerpo está enteramente cubierto, incluso la cabeza y la cola, de un caparazón gris claro, hecho de unas laminillas que le dan cierto aspecto de cota de mallas. El conjunto, rígido en los hombros y las ancas, articulado en la parte media como un fuelle de ferrocarril, explica el nombre que le dieron los españoles: armadillo.

Después de esta caza, no tan gloriosa como lo hubiésemos deseado, pero útil de todos modos, pues el armadillo, nos dice Nepo, es tan bueno como el pollo, volvemos al campamento y me tiendo bajo

mi mosquitero. Una gotera chasquea a mi lado como una lengua contra el paladar. He perdido la costumbre de dormir tendido. No consigo conciliar el sueño. Imágenes fabulosas pasan bajo mis párpados. Veo las rocas de “La Lindosa” animarse y formar de nuevo palacios legendarios donde se pasean sin ruido panteras y jaguares domesticados. Pienso en los vampiros zigzagueantes que bruscamente se cuelgan de una muralla, cabeza abajo, encima de un hombre dormido.

Cuando el hombre respira con calma y regularmente, bajan en silencio y se inmovilizan encima de sus pies, agitando las alas, siguiendo el mismo ritmo de la respiración. Así permanecen largo rato; luego, inclinando el cuello, abren de una dentellada la piel tierna entre los dedos de los pies y beben la sangre sin dejar de agitar las alas, y según parece esto es lo que mantiene a su víctima dormida el tiempo que necesiten para apagar la sed. Los indios han forjado, gracias al vampiro, leyendas en las que un semidiós vestido de piel azul oscura agita suavemente sobre aquella que quiere seducir, dos alas del cielo de la noche, que, haciéndole invisible, le permiten transportar a la hermosa en sueños felices de los que no conservará recuerdo alguno, aunque en su vientre, más tarde, madure un niño de color azul oscuro.

De pronto se disipan todas esas imágenes y ocupa su lugar el armadillo agonizando, boca arriba, en la manaza de Nepo, bajo el haz de mi linterna eléctrica. Se contrae en un postrer espasmo y un gran excremento cae al suelo. Un perro se precipita, con la pata lo extiende por el suelo y luego se unta el lomo, y el cuello, y todo el cuerpo. Gaisseau, en una expedición precedente, vio la cacería del elefante, entre los pigmeos del África central. El otro día me hablaba de ello:

—Parten desnudos siguiendo la huella de la manada —me decía— hasta que encuentran un excremento fresco. Entonces se detienen y se untan cuidadosamente todo el cuerpo. El elefante tiene una vista muy débil, pero su olfato está extremadamente desarrollado. La treta de los pigmeos les permite, cuando se le acercan, introducirse entre las patas del animal y clavarle una lanza en la barriga antes de que sospeche de su presencia.

No puedo abstenerme de establecer un paralelo entre la artimaña de aquellos hombres de la selva y el comportamiento, hace un rato, de ese perro. Unos y otros se mueven por un instinto que no podemos tener los civilizados, los que no somos, o no somos ya, del mundo híbrido de los orígenes, del mundo crepuscular de la selva. Por fin las ideas y las imágenes se me embrollan en la cabeza y empiezo a dormir. Mucho tiempo, me parece, el silencio es total a mi alrededor, sólo interrumpido de cuando en cuando por el murmullo del agua que de la bóveda de piedra gotea como arena de una ampollita. Medio adormilado siento un ruido sordo y uniforme no lejos de mí. Doy un salto y me despierto completamente. El ruido llena toda la gruta. Es una especie de roce regular y que avanza lentamente. Alguien salta detrás de mí, al mismo tiempo que se enciende una linterna:

—¡Las hormigas! —grita Nepo.

Salto a mi vez fuera del mosquitero, con la linterna en la mano.

Alumbro el suelo. Desde el fondo de la galería ha surgido un ejército de hormigas rojas. Forman una columna de cuarenta centímetros de ancho que se mueve con un ruido de fábrica. Han devorado mi pañuelo, mi cinturón, y la mitad del pantalón, que había dejado en el suelo al lado del mosquitero. También han atacado la maleta de cuero de nuestra cámara. No queda sino liar el petate lo más rápidamente posible. Nepo y los indios ya han descolgado sus mosquiteros y los imitamos.

En realidad era lo único que podía hacerse. Tuvimos que correr para instalarnos en otra gruta. Afortunadamente ya en el cielo empezaba a alborear y esto nos ayudó en nuestra maniobra.

Permanecimos cinco días en “La Lindosa”. Cada mañana partíamos, Jean y yo, para explorar y filmar las rocas en medio de las cuajas descubrimos algunas pinturas más, desgraciadamente muy borrosas. Por la tarde, cuando el sol descendía en el horizonte, volvíamos a tomar, a través de la sabana y los peñascos, el camino del campamento. Nepo y los indios ocupaban sus días cazando, e invariablemente

los encontrábamos atareados alrededor de la olla, acabando de preparar un sabroso guiso de venado o de pecarí.

El 5 de agosto estábamos de regreso en San José, donde nos esperaba una gran noticia. Al día siguiente nuestros camaradas debían venir a buscarnos con el DC3 puesto a nuestra disposición por el gobierno de Colombia gracias a la insistente intervención de la embajada de Francia en Bogotá. Una primera parte de nuestra expedición había terminado y todos nuestros amigos del pueblo vinieron por la noche para cambiar con nosotros todas las suposiciones posibles sobre lo que había de ser la próxima. Les habíamos explicado ampliamente nuestras intenciones. Sabían que queríamos, sobre todo, compartir la vida de aquellos a quienes llaman los “pelados” en los llanos, es decir, los indios irreductibles, los que, en lo más cerrado de la selva, siguen llevando la vida de sus antepasados sin aceptar de la de los civilizados ni tan siquiera una camisa o un pantalón. Antonio, el cazador venezolano de caimanes, conocía de oídas a los guaharibos de la sierra Parima:

—Sigán todavía mucho tiempo en la selva antes de ir por allá —nos dice—, pues de otro modo harán con ustedes un buen puchero y luego tocarán la flauta con sus tibias.

La amable Lilia, mujer de Nepo, estaba sentada a su lado. Medio riendo, medio gruñendo, gesticulaba agitando sus negras piernas que terminaban en unos calcetines de algodón blanco bordado de margaritas.

—¡Vamos, vamos, Antonio! Los indios de la selva no son todos como dice. Nosotros, los brasileños, lo sabemos mejor que ustedes.

¿Creerá usted que he viajado con ellos desde Río hasta Belén del Pará en un gran yate? De veras. Eran tres: el capitán de la tribu, su mujer y su teniente.

Habían ido a ver al presidente de la república para pedirle herramientas para su gente. Tenían el cabello largo hasta los hombros como los sibundoyes; no se sabía cuál era hombre y cuál mujer. El presidente les dio todo lo que necesitaban, y me encargaron que les acompañara hasta Belén. Ocupaban un camarote de tercera clase, del que no se atrevían a salir, y se aburrían. Pedían aguardiente y bailaban para combatir el mareo. Un día salieron desnudos al puente.

¿Creen ustedes que se enojaron cuando se les dijo que fueran a vestirse? Volvieron a ponerse la ropa tan simplemente como se la habían quitado. En Belén me pidieron que los llevara al cine, del que habían oído hablar. Pero no conseguí llegar a la sala, pues la gente se apiñaba a nuestro paso para mirarlos. Cuando alguno se acercaba demasiado, la mujer del capitán le arañaba la cara; es el único gesto malo que le vi hacer. Luego un norteamericano quiso fotografiarlos, pero el capitán se opuso a ello y le rogó que fuera a pedir permiso al presidente de la república. Por fin los dejé, y se fueron tranquilamente a su selva. Eso es todo.

El avión aterrizó a las diez de la mañana. Era completamente nuevo. Cerca de la cabina estaban pintadas multitud de maripositas.

Eran, me explicaron Luis y Pierre, las banderas de los estados de la América Central donde había descendido antes de llegar a Bogotá.

Estábamos a 6 de agosto. La expedición había salido de París el 6 de agosto del año anterior, y de Bogotá el 6 de mayo. En enormes cifras negras el avión llevaba encima de las alas un gran número de matrícula: 666.

¿Para cuándo el próximo 6?, pensé, mientras que, izado a bordo el último cajón, las puertas se cerraban y los motores arrancaban.

